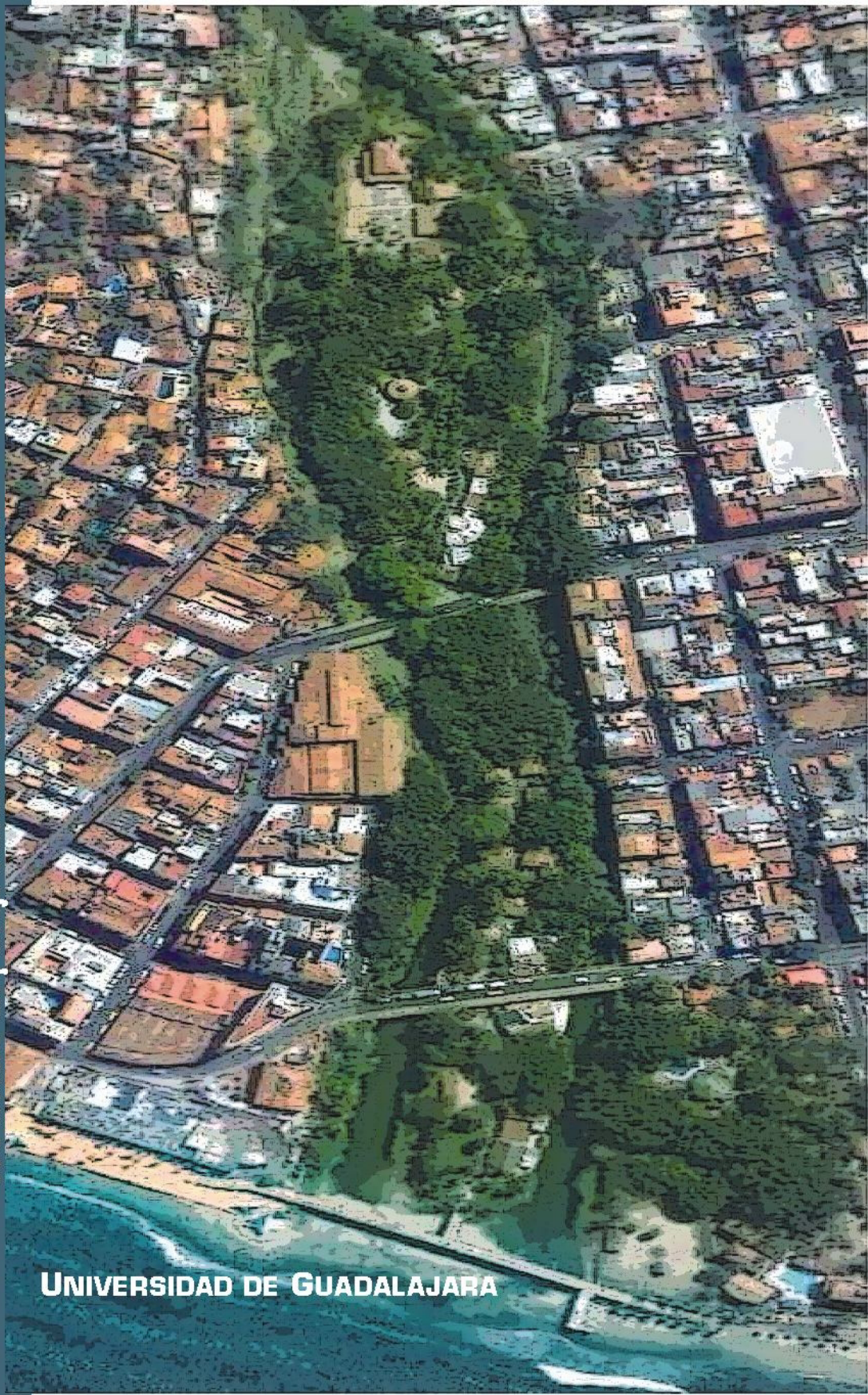


# ¡LA ISLA SE QUEDA!

Una lectura del paisaje cultural de Puerto Vallarta

César Gilabert  
Virginia Martínez Hernández

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



# **¡La Isla se Queda!**

Una lectura del paisaje cultural  
de Puerto Vallarta



# **¡La Isla se Queda!**

## Una lectura del paisaje cultural de Puerto Vallarta

CÉSAR GILABERT  
VIRGINIA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
2008

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Carlos Jorge Briseño Torres

*Rector general*

Gabriel Torres Espinoza

*Vicerrector ejecutivo*

José Alfredo Peña Ramos

*Secretario general*

CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA

Javier Orozco Alvarado

*Rector*

Remberto Castro Castañeda

*Secretario académico*

Joel García Galván

*Secretario administrativo*

Primera edición, 2008

D.R. © 2008, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Centro Universitario de la Costa

Av. Universidad de Guadalajara 203, Delegación Ixtapa

48280 Puerto Vallarta, Jalisco, México

**ISBN 978-970-27-1355-5**

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*



*In memoriam*  
*A Carlos Munguía Fregoso y Brigitte Böehm Schöendube,*  
*cuyas obras los mantienen alegremente eternos.*

## Río Cuale\*

Viejo Cuale que caminas  
Arrastrando mis ayeres  
Sobre piedras donde lavan  
Su pobreza las mujeres.

Carcomido por el tiempo  
Tu lecho se hizo más hondo  
Como las penas que llevo  
Tras la tristeza que escondo.

Yo te recuerdo a mis años  
Tú siempre me acompañaste  
Cuando viajé por tu orilla  
Con mi manada de burros  
Que echando viaje tras viaje  
Costal tras costal de arena  
Te metiste entre mi sangre  
Y me corres por las venas.

\* José Ramos. *De Costa Norte: Poemas*. Puerto Vallarta: Centro Universitario de la Costa, Universidad de Guadalajara, 2001, p. 57.

## Agradecimientos

Reciban mi reconocimiento todas las personas que de un modo u otro contribuyeron a la realización de este libro. Hacer una lista es para mí siempre riesgoso, dada la inclinación de mi memoria por jugar con caprichosas omisiones. Para garantizar la mayoría agradezco a mis compañeros de la Universidad de Guadalajara, especialmente al rector del Centro Universitario de la Costa, Dr. Javier Orozco. Al maestro José Luis Leal Sanabria, presidente de El Colegio de Jalisco; al equipo de la Dra. Brigitte Böehm de El Colegio de Michoacán; a mis colegas del Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca. A Mónica Venegas, quien cotidianamente facilita mi labor; la ayuda de Janeth Rodríguez y Alfonso Santana, así como la solidaridad de Ricardo Murrieta facilitándome ejemplares de la biblioteca de «Los Mangos». En todo caso, el símbolo de la cooperación y la solidaridad que, por fortuna, engloba todos los nombres posibles y la suma de los afectos: Arcelia, gracias a ti.

*César Gilabert*

Mi eterno reconocimiento al profesor Carlos Munguía por permitirme compartir el amor y la pasión por la historia de Puerto Vallarta, en particular estas páginas correspondientes al río Cuale, sus islas y su gente. Gracias a todas aquellas personas que generosamente compartieron sus vivencias aquí grabadas. Por supuesto, a Diana y Aníbal, estudiantes sobresalientes, por colaborar con su tiempo y empeño más allá del servicio social... Mi amor y agradecimiento a mi familia extensa, que permite que mi corazón y mis brazos crezcan.

*Virginia Martínez Hernández*





# Índice

Prólogo	
Desde el Cuale para todos	11
I. Una lectura del paisaje cultural de Puerto Vallarta	15
A manera de introducción	15
II. Los orígenes de Puerto Vallarta como destino turístico	21
III. El pasado y el presente del paisaje vallartense	27
IV. Los límites geofísicos y las limitaciones socioculturales	37
La ocupación utilitaria	37
La apropiación simbólica	42
V. El río Cuale visto en la larga duración: La conexión entre tierra adentro y la costa	45
VI. El río Cuale, espacio de identidad	51
VII. El surgimiento de la isla del Cuale	57
La isla de Santa Clara	60
VIII. La marcha al mar o los intentos por terminar con el aislamiento de las costas mexicanas	63
La inmigración y la modernización turística: los neocolonos	65

IX. De la isla del Cuale a la colonia Díaz Ordaz	73
De la isla Palito Verde a la colonia Palo Seco	76
X. La isla, patrimonio del Fideicomiso Puerto Vallarta	79
Un fantasma destructivo ronda la isla	83
XI. El espacio público convertido en espacio cultural	87
XII. ¡La isla se queda!	91
La isla de los gatos y el corredor turístico	91
A manera de conclusión	97
Anexo fotográfico	107
Foto 1. Los almacenes	107
Foto 2. Las ramadas	107
Foto 3. Las camas de piedra	108
Foto 4. Puente de rajadas de palma	108
Foto 5. El puente de mampostería	109
Foto 6. Un espacio bucólico	110
Foto 7. Aspectos de la manifestación de protesta.	
Cartel sobre el Parque Hidalgo	110
Foto 8. Puestos semifijos de comerciantes	111
Foto 9. Aspectos de la manifestación de protesta frente al Ayuntamiento de Puerto Vallarta	111
Bibliografía	113

# Prólogo

## Desde el Cuale para todos

**Coal·li** es una palabra náhuatl, el idioma indígena mayoritario en México y una buena parte de Centroamérica, con más hablantes que muchos idiomas europeos y más antigüedad que casi todos ellos. Significa «bueno» o «bien». De ella viene probablemente **cuale**, que es el nombre que recibe desde tiempos inmemoriales el paradisíaco poblado que se encuentra aguas arriba del río del mismo nombre.

El tema principal de este libro es precisamente dicha corriente de agua, bella a más no poder y permanente, aunque también muy voluble, y el papel que ha desempeñado la misma a lo largo de los últimos ciento cincuenta años en la vida de este lugar entrañable, a pesar de que ya es muy grandote y no exento de grandes problemas, que recibe el nombre de Puerto Vallarta, pero que muy bien pudo haberse llamado también «Cuale».

Si se dice que «Egipto es un don del río Nilo», bien podría decirse también que Puerto Vallarta difícilmente hubiera podido existir en este lugar sin la aportación del río Cuale, de manera que sale sobrando fundamentar la gran importancia de realizar un estudio sobre su tramo final, tan serio, competente y profesional, como el que han sido capaces de realizar el doctor César Gilabert y la maestra Virginia Martínez Hernández.

*¡La isla se queda!* es una obra que solamente puede interesar a dos tipos de gente: a quienes viven en Puerto Vallarta y a quienes no tienen ese privilegio... pero resulta claro que para disfrutarla como es debido conviene al menos tener algunas nociones de cómo está ubicada esta ciudad en el mapa y cómo se ha pegado a las montañas y a las aguas que bajan de ellas; esto es, se requiere de conocer al menos un poco el paraje de marras.

Vale decir que no todos los visitantes de Puerto Vallarta alcanzan a percibir la importancia que tiene para la población el río de referencia. Es evidente que hay gente cuyo andar por el mundo difiere poco de las petacas en la que transportan sus pertenencias. Pero todo aquel que, al menos, se haya asomado y haya puesto un poco de atención a estos parajes disfrutará, sin duda alguna, las páginas que vienen en seguida y entenderá mejor el funcionamiento de esta población que se ha convertido en uno de los centros turísticos más importantes de toda la costa del Océano Pacífico. Pero, asimismo, comprenderá también que la naturaleza sabe castigar la voracidad o la estulticia de los seres humanos.

«Al agua nadie la hace taruga», decía un ameritado profesor de hidráulica que hubo antaño en la Universidad de Guadalajara. ¡Nada tan cierto! ¿Cuántas veces se ha tratado de engañar a las corrientes de agua y mantenerlas por cauces que no son los correctos, lo mismo en Puerto Vallarta que en otros lugares? ¿Cuántas veces se ha pagado caro, con dinero y con muchas vidas, la osadía? El río Cuale no es una excepción. Tardamos mucho y con altos costos a saber que con la historia no se juega y lo que ha sido de una manera determinada no puede cambiarse nomás porqué sí...

Este es un libro que me complace sobremanera, no solo porque trata de un lugar que me despierta tanto amor, sino porque veo —sin pretensiones exageradas— mi mano detrás de él.

Virginia obtuvo en El Colegio de Jalisco, con sede en Zapopan, la maestría en «Estudios sobre la Región», que establecimos en dicha institución cuando yo comenzaba a ser su presidente. Recuerdo haberla concebido y diseñado casi en su totalidad. También me acuerdo muy bien de Virginia: con cariño, por su dulce modo de ser, y con admiración, por su esfuerzo y entrega al trabajo. El resultado fue que egresó por la puerta grande y no tardó en ser bien acogida por la Universidad de Guadalajara en el Departamento de Estudios Socioeconómicos del llamado CUC: Centro Universitario de la Costa, donde ha desarrollado un trabajo de extraordinario valer.

A César, por su parte, lo atraje de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, cuyo rector no supo aprovechar su capacidad. Trabajó varios años en El Colegio de Jalisco, en Zapopan, y con gusto respaldé su deseo de trasladar su residencia a Puerto Vallarta, donde se ha compenetrado y comprometido cabalmente, como debe ser, con la vida cotidiana de esta comunidad y le ha rendido ya suculentos frutos.

Mucho me place que ambos se hayan entendido bien entre ellos, al extremo de hacer un buen trabajo juntos, que se suma a lo mucho que han aportado ya cada uno por separado. Ello, asimismo, constituye un testimonio más de lo que, tanto El Colegio como la Universidad, pueden hacer para el mejor conocimiento de la costa norte de Jalisco.

Quien decida seguir adelante en la lectura de estas páginas, verá que tengo razón al hablar de las bondades que de ellas emanan. Están bien escritas y distan mucho de ser farragosas; señalan con respeto y pulcritud malas decisiones y denuncian sin estridencias las arbitrariedades, al tiempo que, también sin grandes alharacas, aplauden las atingencias. Al final del texto, el lector coincidirá conmigo en cuanto a su amenidad y, sobre todo, en el hecho de que se han realizado inspiradas por un infinito cariño por el solar en que viven y unos enormes deseos de que las cosas marchen mejor en él.

Ojalá que continúen ambos por el camino que han estado siguiendo, pues de seguir proporcionándonos estudios como éste, con toda seguridad que se tendrá al abasto un conocimiento de causa que, además de fomentar el cariño por el terruño y el sentido de identidad con él mismo, permitirá tomar en su beneficio decisiones mucho más atinadas y la ciudadanía dispondrá de mayores elementos para combatir a quienes emprendan acciones contrarias a los intereses mayoritarios de la comunidad.

*Puerto Vallarta, estiaje de 2007*

*José María Muria*





# I. Una lectura del paisaje cultural de Puerto Vallarta

*El espacio tiene memoria.*

Halbwachs

## A manera de introducción

No fue precisamente la carcoma del tiempo, sino una poderosa y nada poética maquinaria la que a unos cuantos metros de su delta hizo más hondo el lecho del río Cuale, con ello se aseguró la permanencia de una superficie de tierra firme hasta entonces intermitente, que dependía de la fuerza con que llegaran las aguas para estar a la vista o quedar sumergida, y que en la actualidad se le conoce como la isla del Cuale.

Aquí haremos una lectura del paisaje cultural de Puerto Vallarta, enfocando una zona específica: el entorno del río Cuale y sobre todo sus islas. No es una historia del río, aunque sí esboza parte de las historias de vida de la gente que sentó su residencia o invirtió recurso ahí, por lo que los individuos involucrados participan en las transformaciones espaciales y sociales, por eso sus relatos contribuyen a apreciar mejor lo que al fin y al cabo conforma nuestra historia patria.

Antes de hablar del río y de sus islas conviene establecer una primera tesis que sirva de hilo argumental: la conformación del espacio comunitario y de sus representaciones espaciales no obedecen sólo a los factores físico naturales, pues son una elaboración cultural; o sea, un artificio, una creación humana, social, simbólica... que organiza el territorio, dejando sus huellas, tatuajes y marcas en el paisaje.

Parece un tópico, pero con lo anterior queremos enfatizar que es a partir de las estrategias adaptativas de las comunidades que se humaniza la naturaleza, entendiendo por ello el trabajo, la organización y las redes sociales que transforman un entorno para hacerlo habitable. El conjunto de tales procesos y acciones tanto colectivas como individuales queda impreso en el pai-

saje, cincelando de este modo su fisonomía en términos culturales, de la cual se desprenden los geosímbolos y sus respectivas jerarquías como referentes de identidad de los pobladores.<sup>1</sup>

Por supuesto, la isla del Cuale tiene tal estatus: es un espacio cultural cargado de afectividad y por lo tanto está revestido de múltiples significados, independientemente de los usos instrumentales que ha soportado. En nuestra opinión, esta isla es ya un geosímbolo identificado por los vallartenses como un territorio de biodiversidad: el único nicho ecológico dentro del centro histórico de Puerto Vallarta; y además es un espacio del que la comunidad se ha apropiado para dedicarlo primordialmente a la promoción, realización y disfrute de actividades artísticas y culturales...

Sin duda, las características geomorfológicas de un territorio son fundamentales. Tiene su peso la ubicación geográfica y el clima, que a su vez, inciden en el tipo de flora y fauna, y por supuesto en los estilos de vida colectiva adoptados para aprovechar el potencial del territorio mediante tal o cual actividad económica... Además de las posibilidades de utilización, hay una apropiación simbólica que incluso puede reñir con toda intención pragmática, como la identificación de terrenos considerados de la mayor importancia hasta un grado en que incluso queda prohibido pisarlos.

El territorio, entendido precisamente como una apropiación del espacio mediante su transformación, relaciona procesos sociales con hechos físico naturales; por consiguiente, la interpretación del paisaje activa tanto referentes materiales como imaginarios, digamos de tipo cultural; ambos aportan las claves para leer, entender y decodificar el paisaje no sólo a partir de elementos «naturales», sino añadiendo el carácter productivo, simbólico y expresivo de las relaciones sociales de quienes habitan esos espacios local-regionales y realizan cotidiana y concretamente dicha territorialización.

---

<sup>1</sup> Según Joel Bonnemaïson, «un geosímbolo puede definirse como un sitio, un itinerario o espacio que, por razones religiosas, políticas o culturales revisten a los ojos de ciertos pueblos y grupos étnicos una dimensión simbólica que los fortalece en su identidad... Es un marcador espacial, un signo en el espacio que refleja y forja identidad... Estos lugares o sitios expresan, en efecto, un sistema de valores comunes...» *Apud.* Gilberto Giménez. «El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad». Ponencia presentada en el IV Encuentro del Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca, en El Colegio de Jalisco, 4-5 de octubre de 2006, p. 6.

Quiere decir que toda percepción del espacio geográfico es mediada por una construcción social que encauza las experiencias cotidianas para aportar referentes diversos de interpretación; por ejemplo, lo lejano y la cercanía,<sup>2</sup> la ubicación del centro, su umbral y las fronteras; incluso la categoría misma de lugar se entiende como un tejido de relaciones sociales articuladas por el uso del territorio; es decir, el espacio en que se desarrollan los procesos sociales: el espacio vivido.

En este caso, conviene acotar que el municipio de Puerto Vallarta tiene una extensión de poco más de 1,300 km<sup>2</sup>, de los cuales un 72 por ciento es de una topografía accidentada donde predominan los relieves montañosos, sobre todo en la porción noroeste, en alturas que varían desde 100 a 1,800 metros sobre el nivel del mar; y con escasas superficies planas (13 por ciento) que se extienden principalmente hacia la derecha del río Ameca, mayoritariamente entre los cero y 500 metros de altitud. Además, entre las lomas y faldas de las montañas, se localizan algunas superficies semiplanas, a altitudes que oscilan entre los 500 y 1,000 metros sobre el nivel del mar. (Estas características topográficas, por cierto, facilitaron la reproducción de los recursos arquitectónicos y estilísticos de las construcciones propias de la serranía, algo que en principio no se espera de un pueblo costero de Jalisco, y cuya singularidad intenta conservarse con los tibios intentos de rescate del centro histórico de la ciudad actual).

En otras palabras, es a partir de la red de relaciones sociales pensadas en distintas escalas —local, regional, nacional, global y mundial— que resulta pertinente la identificación de los referentes básicos de cada lugar por estudiarse, tales como la ubicación geográfica, la extensión, la topografía y el clima; y no a la inversa, pues no siempre ni necesariamente la dinámica de la apropiación se explica por el lugar concreto —por ejemplo, lo que hoy es Cancún era un espacio marginal, prácticamente deshabitado—; quizá el proceso social que inicia o apuntala una explosión demográfica en un lugar casi

---

<sup>2</sup> Con enorme perspicacia Truman Capote inicia su famosa novela *A sangre fría* con una referencia espacial: «El pueblo de Holcomb está en las elevadas llanuras trigueras del oeste de Kansas, una zona solitaria que otros habitantes de Kansas llaman «allá». A más de 100 kilómetros al este de la frontera de Colorado, el campo, con sus nítidos cielos azules y su aire puro como el del desierto, tiene una atmósfera que se parece más al Lejano Oeste que al Medio Oeste...»

inhóspito como era Cancún se encuentra en otra latitud, como cuando se trata de fenómenos emanados de la política nacional o de la globalización, que desde fuera afectan de un modo particular a cierta localidad.

Es posible que haya sitios remotos, de difícil acceso y rala densidad de población, como durante mucho tiempo fue lo que hoy es Puerto Vallarta. Cabe recordar que a principios del siglo XX era más fácil llegar aquí por mar que por vía terrestre. La carretera para conectar con Guadalajara data de los años sesenta del siglo pasado.

Sin embargo, no hay un lugar del planeta que no sea antrópico (es decir: humano, social y cultural). Y es que, yéndonos a un caso extremo, la sola mirada del descubridor hacia el horizonte de lo desconocido se hace con referentes culturales. Para decirlo tajantemente: no hay separación entre lo que denominamos la «naturaleza» y la «sociedad», porque la naturaleza es un espacio construido culturalmente. Aunque podemos suponer que antes de los seres humanos había algún tipo de espacio físico natural éste es en cierto modo irrelevante por carecer de significación social, puesto que la única manera de aprehender dicha naturaleza es mediante procesos sociales e históricos; por lo tanto, resulta inevitable hablar de una naturaleza socializada o de la socialización permanente del entorno natural: no somos algo diferente de la naturaleza, somos parte de ella; podemos modificarla, alienarla, incluso destruirla parcialmente, pero en definitiva es imposible conquistarla sin pagar la factura con nuestra auto aniquilación.

Vale recordar que los navegantes europeos que por primera vez vieron esta parte de la costa occidental tenían una idea preconcebida de lo que esperaban encontrar: los metales eran su objetivo máspreciado. Ciertamente, se admiraron por la prodigalidad de la «naturaleza» de lo que, en el siglo XVI, fue dado en llamarse el Nuevo Mundo; pero apenas pusieron sus pies en el Continente dejaron atrás la costa para internarse en busca de la riqueza. No se asentaron cerca de las playas porque su visión del mundo estaba en primera instancia centrada en tierra adentro, fundamentalmente en la explotación de minas. Su apropiación del nuevo espacio era completamente instrumental, por lo mismo ni siquiera las condiciones paradisíacas los sedujeron para al menos intentar enraizarse en esta clase de lugares fascinantes, pero desprovistos de oro y plata.

El paisaje que miraban aquí los peninsulares los hacía pensar en el paraíso: montañas de vegetación exuberante, agua en abundancia y todos esos

elementos que agruparían las corografías hispanoamericanas desde el siglo XVI.<sup>3</sup> En sí, la idea misma de paraíso forma parte de un canon medieval del pensamiento cristiano occidental que, dicho sea de paso, no tenía aprecio alguno por el mar considerándolo, en cambio, escenario de catástrofes (El Diluvio), cuya extensión líquida y caótica es morada de formidables monstruos (el Leviatán) y peligro constante para quienes osan navegar sobre esa insondable y salada superficie líquida.

Dicho de otro modo, el sistema de apreciación no sólo deriva del ojo que mira, sino del bagaje cultural, o sea las experiencias concretas relacionadas, en el caso de aquella mentalidad católica, con historias horribles acerca de lo violento, adverso, insalubre, difícil o peligroso que puede ser un ambiente que linda con el mar. Vale decir entonces que los seres humanos estamos inmersos en la geografía y atravesados por condicionantes de carácter biológico y físico; pese a ello, los factores sociales (históricos, políticos, culturales, económicos...) son igualmente fundamentales para la interpretación del paisaje.

La población autóctona de esta costa occidental antes de la llegada de los españoles, llamó a su terruño *Xiutla* («lugar donde crece la hierba»), aquí la toponimia es directa y esclarecedora. En tanto que los conquistadores se inclinaron por ensalzar un aspecto indirecto —algo que sin duda los impactó— para renombrar este territorio: Bahía de Banderas, en alusión a los distintivos de guerra que portaban los nativos. Consiguientemente, la interpretación de los topónimos originales es útil para distinguir y diferenciar los pueblos y tradiciones autóctonos de las poblaciones y sitios que fundaron los españoles a partir de la conquista para sobreponer su propia territorialidad.

En síntesis, las marcas que dejan en el espacio físico las estrategias adaptativas de una colectividad son datos relevantes e inexcusables para la lectura del paisaje cultural, misma que quizá nos ayuda a entender aspectos de la

---

<sup>3</sup> «El concepto de corografía deriva de una palabra griega que designa el estudio o ciencia de los lugares. En el Renacimiento fue un término ampliamente usado por geógrafos e historiadores... La corografía era concebida como una «historia particular», que se centraba en un tiempo y lugar específico, opuesta a las generales y más abarcadoras historias generales». Pedro Guibovich. «Historiografía, élites e identidades locales: las corografías sobre Lima y Cuzco en el siglo XVII». Ponencia presentada en el VII Taller Internacional de Problemas Teóricos y Prácticos de la Historia Regional y Local, en La Habana, Cuba, 12 al 14 de abril de 2006.

toponimia, pero sobre todo a comprender el uso y aprovechamiento de lo que en la actualidad se ha denominado «recursos naturales», cuya explotación hace posible el asentamiento humano y su expansión en un lugar determinado. (También hay otros modos no instrumentales de referirse a la naturaleza, como «reserva de la biosfera» en contraste con las denominaciones basadas en la utilidad económica; es la diferencia que hay entre el agua natural y el agua embotellada, entre un objeto con valor de uso y la mercancía).

## II. Los orígenes de Puerto Vallarta como destino turístico

Lo que hoy es Puerto Vallarta fue una zona conocida antes como «El Carrizal», a la vera de la desembocadura del río Cuale, y luego ya con más pobladores se le llamó Las Peñas (nombre que hacía referencia a un geosímbolo marino, una especie de farallón que se erige frente a la costa, parecido al de Cabo San Lucas, aunque más pequeño y sin el espectacular arco). Desde entonces las actividades económicas en la ribera fueron fundacionales, incidiendo en rápidos y pragmáticos cambios de los usos del suelo, a veces incluso sin consolidar la legalidad de la propiedad. Al principio fue una apropiación utilitaria, instrumental, y poco a poco fueron madurando los sentimientos afectivos de pertenencia.

De estos primeros asentamientos emanó la simiente de la actual ciudad. Algo que coincide simbólicamente —todas las proporciones guardadas— con la gestación de las grandes culturas ancestrales que nacieron cerca de enormes ríos; lo que quiere decir que la relación de los grupos sociales con el agua fue —y lo será con mayor contundencia en el futuro— uno de los criterios básicos para trazar las estrategias adaptativas en el naciente asentamiento. (Dicho sea de pasada, hoy la cuestión del agua ha sido elevada a un rango estratégico de «seguridad nacional»).

En otras palabras, el territorio como una acotación del espacio trazada históricamente, es el eje articulador de las innumerables relaciones sociales observables en el paisaje. En particular, las transformaciones físicas del río Cuale llevan dentro de sí expresiones socioculturales que contribuyeron a la formación histórica de la identidad del pueblo que luego devendría en ciudad y después en un centro turístico de nivel mundial; que sería además un polo de desarrollo para toda la región de la costa jalisciense, incluyendo a Nayarit y su portentoso Nuevo Vallarta —hoy receptor de inversiones millo-



narias en dólares y que cuenta con el apoyo de fondos de fomento turístico del orden federal que Puerto Vallarta no recibe.

Todo lo anterior, aunque con mayor énfasis la apropiación utilitaria, facilita el flujo, el tránsito y el acceso de personas, bienes e información, lo cual suele incrementar el valor económico de un territorio y convertirlo en el buscado polo de desarrollo; hacerlo más significativo desde el punto de vista político; y más estratégico desde el punto de vista ecológico o incluso turístico, como sucedió primero con Puerto Vallarta y luego con Nuevo Vallarta.

A pesar de la inagotable potencia que encierra el trabajo social para reinventar el espacio, los lindes territoriales seguirán siendo los mismos. En este sentido, Puerto Vallarta no tiene para dónde crecer sin devastar las montañas; por lo tanto, el impulso del desarrollo turístico en su continuidad físico natural se capitaliza en Nuevo Vallarta. Sería como un callejón sin salida, a menos que la circulación de los bienes materiales y culturales sea tan amplia y veloz que acabe por banalizar la distancia y el tiempo, y por ello desterritorialice las relaciones sociales borrando las fronteras tradicionales, como cuando la toma de decisiones relevantes de una localidad se traslada a centros exteriores, con o sin la anuencia del poder local formal, promoviendo simultáneamente una nueva forma de territorialización: la promoción en todo el mundo de la marca «Vallarta» sin enfatizar la diferencia entre el viejo pueblo y la moderna Vallarta Tepic, en todo caso, es previsible cuando no un hecho la tendencia a la conurbación de ambos.

Dicho de otro modo, la comprensión de los espacios en la escala local y regional forma parte de una totalidad que permite su reproducción como polo de desarrollo regional e interestatal, ya sea como parte del Estado nacional o como componente del sistema economía-mundo o del mundo globalizado. Por ende, también esta anunciada conurbación puede expresar el crecimiento desigual; y por lo mismo, una ciudad puede ser subsidiaria involuntaria de su vecina hasta convertirse en su «dormitorio».

En todo caso, el uso de las herramientas tecnológicas de la información al servicio de empresas transnacionales nos provee de muchos ejemplos de cómo es posible anular, de facto, las fronteras tradicionales. Además, desde el punto de vista político y económico, el peso de las inversiones foráneas puede influir en la toma de decisiones de los poderes locales y en la aplicación de las políticas públicas municipales. Esto conduce, directa o indirectamente, a la aprobación de proyectos económicos capaces de generar

crecimiento, frecuentemente sin sopesar debidamente el impacto ecológico y social; o haciéndolo de modo «legaloide» para cumplir con un expediente tan formal como insustancial. Más temprano que tarde el daño ecológico y el desequilibrio social pasarán la factura a la comunidad.

Basta un vistazo al paisaje para constatar cómo ahora mismo en Puerto Vallarta están en peligro los esteros, las montañas, las playas, los mantos acuíferos... Y en este contexto, se discute todavía si es viable que un parque público se convierta en estacionamiento (aunque desde el 2006 están funcionando los estacionamientos). Por cierto, vale señalar que en algunos casos, como el del Parque Hidalgo, el espacio público se había trivializado cayendo en la indiferencia de la comunidad y el descuido de las autoridades durante varias administraciones municipales. En este sentido, admitimos la necesidad de rediseñar el uso de estos parques y no dudamos de que la acción municipal reciente intentaba una transformación que podía calificarse de positiva, aunque todavía puede y debe resolverse de otra manera el usufructo pactado, que ahora sólo beneficia a un reducido grupo de particulares y, por lo tanto, haciéndolo costoso para el usuario.

Más aún, precisamente a causa del descuido y de otras actitudes indolentes respecto de los espacios públicos, es que éstos son fácilmente usurpados por el comercio informal, acelerando como en tantos otros sitios la degradación de los cada vez más escasos y reducidos espacios arbolados de las ciudades. En la actualidad, pues, son notables y alarmantes las tendencias que debilitan los espacios públicos ante los grupos de interés; además, la lógica de la economía —la búsqueda de la ganancia— se impone sobre los criterios sociales y ambientales. Si bien estas tendencias son generalizadas en la moderna sociedad global, y casi no hay una comunidad en el mundo que se sustraiga a esta lógica con visos infernales, el impacto es siempre local y por eso singular. Es verdad que de manera extendida el cambio modernizador se precipita como un mago que no puede controlar sus propios conjuros. Finalmente, hay que agregar que los atentados contra el equilibrio natural, inevitablemente producen desequilibrios sociales localizados.

Por eso vale la pena estudiar, de manera puntual, la forma en que dicho proceso de defenestración general se comporta concretamente en nuestra localidad, para lo cual hemos asumido que la cuestión del río Cuale y su isla es un analizador inigualable, considerándola ciertamente como un factor parcial, pero cuyo desentrañamiento devela la estructura oculta de las rela-

ciones sociales dominantes en el interior del municipio. Sin olvidar que la ciudad ahora también está inscrita en la lógica de la globalización, toda vez que Puerto Vallarta es un destino turístico que disputa visitantes e inversiones en el mercado mundial.

Ahora bien, la inserción de Puerto Vallarta como un destino turístico no fue, por lo menos al principio, un resultado perseguido por la población local; en su origen fue producto de decisiones políticas de Estado en las que intervinieron todos los órdenes de gobierno. Es importante recordar que, en el marco del discurso desarrollista adoptado por la mayoría de los mandatarios de América Latina para resolver los problemas del atraso económico y la pobreza, así como la integración plena de esos países al *desarrollo*, el turismo se presentó como una alternativa ideal para solucionar tres puntos básicos: la generación de empleo, el desarrollo regional y la captación de divisas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el entorno internacional fue muy favorable para este sector de la economía promovido como la «industria sin chimeneas» (aunque si no se establecen las reglas ecológicas pertinentes el turismo puede convertirse en un factor terriblemente depredador).

Desde fines de los años cuarenta del siglo pasado, el desarrollo del turismo en México pasó de ser una marginal actividad económica basada en proveer comodidades a los visitantes que arriban en busca de esparcimiento y descanso, a un proyecto nacional estratégico atravesado por la competencia en el mercado internacional. Pese a que los gobiernos nacionalistas del PRI optaron por una política centrada en la intervención del Estado, la inversión extranjera terminaría por dominar a fines de los años ochenta, acorde con el alineamiento de la política sexenal de aquella época al neoliberalismo, bajo el mandato de Carlos Salinas de Gortari.

Así pues, el estatismo proteccionista que caracterizó a los gobiernos del PRI no fue óbice para que la inversión extranjera tuviera un enorme influjo en la definición de la política turística del Estado mexicano, lo cual no sólo se manifestó en la orientación de cómo y cuáles de nuestras riquezas naturales y culturales tendrían que promoverse, sino en asuntos medulares como la legalización de la tenencia de la tierra, la modificación de la Ley de Inversiones Extranjeras, la promoción turística orientada al mercado internacional, el apoyo económico selectivo a través de incentivos fiscales, el financiamiento fiduciario e inmobiliario para los nuevos centros turísticos, etcétera.

Sin duda, los fideicomisos fueron pilares del desarrollo turístico en nuestro país y, por ende, en Puerto Vallarta. Más aún, la intervención del Estado en la formulación y promoción de los planes de desarrollo basados en algunos destinos turísticos identificados como polos de desarrollo, requirió de un cambio institucional que posibilitara la ejecución de tales proyectos. En este proceso, el gobierno federal crearía diversas agencias y fideicomisos, que se fortalecieron tanto como los destinos que apoyaron, quizá el caso más espectacular sea el respaldo que el Fondo Nacional para el Fomento del Turismo (Fonatur) dio a la creación y consolidación de Cancún; y posteriormente a Ixtapa, Huatulco, Los Cabos, Loreto e incluso Nuevo Vallarta. En todo caso, los fideicomisos funcionaron como instrumentos de control del Estado a la vez que como fuente de financiamiento para el crecimiento del sector turístico.<sup>4</sup>

Prácticamente al final de su sexenio, el presidente Gustavo Díaz Ordaz decretó,<sup>5</sup> por causa de utilidad pública, la expropiación a favor del gobierno federal, de amplios terrenos ubicados en la ribera de la Bahía de Banderas: 1,026 hectáreas de tierras ejidales pertenecientes al municipio de Puerto Vallarta, en el estado de Jalisco; y 4,136 hectáreas del municipio de Compostela, Nayarit, correspondientes a los ejidos de Jarretaderas, Bucerías, Cruz de Huanacastle, Higuera Blanca, Sayulita,<sup>6</sup> Peñita de Jaltemba, Las Varas, El Capomo; así como la constitución del Fideicomiso TraslATIVO de Dominio denominado Bahía de Banderas.

Dicho fideicomiso fue el antecedente del Fideicomiso Puerto Vallarta, el cual tuvo un gran protagonismo en el contexto económico, político y social del municipio, y a la postre, como se verá, también en el derrotero de la isla del Cuale. A lo largo del texto nos adentraremos en los pormenores de este proceso, por el momento aquí sólo queremos dejar establecida la complejidad de los factores y dinámicas que involucra la estructuración del paisaje cultural de Puerto Vallarta y, en particular, del río y la isla del Cuale.

Fue así que bajo una política de Estado, Puerto Vallarta en tanto que destino turístico, se constituyó en una arena política en la que intervinieron los tres órdenes de gobierno que, a su vez, operaron insertos en una dinámica

---

<sup>4</sup> Cfr. Virginia Martínez Hernández. «El Fideicomiso Puerto Vallarta: Un caso de intermediación política». Tesis de maestría, El Colegio de Jalisco, Zapopan, 2002.

<sup>5</sup> Decreto publicado en el Diario Oficial de la Federación, el 18 de noviembre de 1970.

<sup>6</sup> Estos cinco primeros ejidos pertenecen desde 1992 al municipio de Bahía de Banderas.

mundial que favorecía las tendencias hacia la privatización, la economía de mercado y la penetración de las transnacionales.

Entonces los lugares destinados al turismo, en la escala local, se transformaron en un espacio especializado de la producción, en este caso una actividad centrada en los servicios turísticos encadenados a los procesos del mercado global. También aquí la transformación de la naturaleza y la sociedad tienden a concentrarse en la ciudad, convirtiéndola en el lugar de múltiples arenas de competencia, jerarquías y desigualdad, reproduciendo los sistemas de acción y los sistemas de símbolos que distribuyen los privilegios, cuya desigual repartición se expresa en el espacio reconfigurándolo territorialmente; por ejemplo, la polarización entre la zona hotelera y las colonias populares. El otro Vallarta está aquí, desplazado, revestido, oculto, aunque no deja brotar en los rezagos urbanísticos, en el paisaje de los muladares y la carencia de los pobres, como un impulso inconsciente imposible de reprimir.

A fines de los ochenta, el predominio del neoliberalismo en el mundo occidental alentó aquellos procesos que en la práctica anulaban las fronteras nacionales, en consecuencia, los emporios transnacionales del turismo dominaron la escena en prácticamente todos los centros turísticos del mundo. (De nueva cuenta, Cancún es el mejor ejemplo; pero el resto de los centros acusan en diferentes grados la misma tendencia).

Paralelamente, se consolidaron los elementos estructurantes de la globalización con sus fuertes tendencias hacia la homogeneidad, en detrimento de la diversidad multicultural y de las historias particulares de cada lugar. A diferencia de los centros turísticos prácticamente inventados, Puerto Vallarta sí que tiene una historia que recuperar, raíces, lazos identitarios y particulares modos de vida. Por eso es muy importante comprender qué efectos tiene esta densidad histórica como mecanismo de resistencia local ante las tendencias generales de la globalización, con capacidad para resignificar y adaptar el espacio vivido para que el espacio doméstico no sea un simple pedazo de pastel para engordar el sistema global.

### III. El pasado y el presente del paisaje vallartense

Puerto Vallarta es ahora uno de los municipios jaliscienses más grandes y económicamente fuertes (en algunos aspectos a la par de la Zona Metropolitana de Guadalajara) localizado en las costas del Pacífico, en el occidente de México; colinda al norponiente con el estado de Nayarit —lo que en la actualidad es Nuevo Vallarta, si se avanza por la bahía partiendo de la desembocadura del río Cuale—; al sur, con los municipios de Cabo Corrientes y Talpa de Allende; al oriente, tierra adentro, con Sebastián del Oeste y Mascota; al poniente —cual finis terra neogallega— con el mar, sólo que aquí, a diferencia de Galicia, el clima es tropical húmedo, con una temperatura media anual que sobrepasa los 25 grados celcius, con una máxima de 31.6º y una mínima de 19.6º; consiguientemente, no hay un marcado descenso frío ni con la llegada del invierno; la temporada de lluvias se extiende de junio a agosto —si hay rachas de huracanes en el Pacífico, llueve hasta octubre— con una precipitación pluvial media de 1,417 milímetros.

Una mirada al pasado colonial de esta costa jalisciense nos indica que en las zonas de escasa presencia humana, los pobladores solían establecerse primero de manera casi espontánea, prácticamente constreñidos por las condiciones del ambiente debido al bajo nivel tecnológico o a las dificultades para acceder a instrumentos, herramientas, maquinaria y otros factores que hoy en día equivaldrían a la «información y tecnología de última generación».

La intensidad de la ocupación humana aumentó cuánto más creció el dominio de la tecnología para transformar el entorno, considerando en primer lugar las cuestiones de acceso y comunicación, pero visto históricamente es necesario referirse a la logística militar de la Corona para pacificar los territorios fronterizos ante las incursiones de los pueblos «bárbaros», lo cual permitió la apropiación del espacio por parte de los diferentes grupos sociales

ya permeados por la cultura de los españoles y por su estrategia colonizadora. (Razonamiento válido también para el espacio geográfico del extenso Norte de México, incluida la Gran Chichimeca, aquella extensión allende de Mesoamérica denominada también región cultural de Aridoamérica).

Al respecto, pueden plantearse tres momentos: en el primero, la naturaleza domina a la comunidad imponiéndole sus condiciones materiales; en el segundo, se alcanza un relativo equilibrio entre el asentamiento humano y el ambiente, en la medida en que los individuos no sólo reaccionan ante las determinaciones naturales, sino que el entramado social ofrece soluciones creativas para el sostenimiento y expansión de la población, por ejemplo mejorando las rutas y el transporte para comunicar a los nacientes pueblos; en la tercera, un elevado desarrollo tecnológico e industrial da la impresión de que cualquier entorno puede ser moldeado en función de intereses sociales (explotación comercial, apropiación simbólica, con esa ética de trabajo protestante que no se arredra ni ante un desierto) donde la naturaleza es reducida a la noción de recurso.<sup>7</sup> Esta fue la convicción de los pioneros en su conquista del Oeste y la consiguiente expropiación de más de la mitad del territorio de México, según lo anticipó Alexis de Tocqueville en su *Democracia en América*.

De lo anterior se sigue que el territorio es un bien escaso y como tal es también una cuestión de poder, por eso la interacción entre la comunidad y la naturaleza es mediada por las estructuras de organización y del poder político, así como por otras formas de influencia basada en el poder económico, militar, religioso, etc. Así pues, el dominio de un territorio no es sólo una cuestión de tecnología, sino de redes de relaciones sociales que ejecutan determinadas estrategias y relegan otras, aunque al final todo refiere a la producción, y en torno a ella se sientan las bases para la negociación de los distintos intereses locales a efecto de acordar implícita o formalmente una dinámica de asentamiento (que lo mismo puede ser social y ecológicamente apropiada, que inequitativa y depredadora).

Lo que entendemos por la cultura no es otra cosa que la concreción de los esfuerzos creativos de adaptación de las asociaciones humanas, no sólo como una respuesta pasiva o reactiva al ambiente por parte de la comunidad, sino creadora de artificios que transforman el mundo natural en humano,

---

<sup>7</sup> Vid. Gilberto Giménez, *op. cit.*, p.4.



resignificándolo. Semejante proceso supone la presencia de variadas formas de organización, costumbres o reglas consuetudinarias, juegos de poder, arreglos institucionales y leyes, porque

El artificio, como tal, es cultura (suele referirse como cultura material); su ejecución (generalmente llamada tecnología); la conjunción de esfuerzos para lograrlo es cultura (u organización social del trabajo); su estilo es cultura (con variaciones temporales y regionales); su impacto en el ambiente y en el paisaje es cultura (geografía, biología, física humanas), su mensaje es cultura (su representación).<sup>8</sup>

En suma, la geografía y el conjunto de condiciones físicas y climáticas de un lugar son factores básicos, pero no suficientes para interpretar un paisaje en el sentido metonímico de la región, o sea: lo que se alcanza a ver cuando se mira hacia el horizonte. Sin olvidar ni confundirnos con el resto de las escalas espaciales, pues es perfectamente posible y adecuado pensar en una sociedad local, que a la vez forma parte de una sociedad regional, misma que también se suma a la sociedad nacional y puede inscribirse en un nivel supranacional, como es el caso de los destinos turísticos internacionales que compiten en el mercado global.

Esto hay que subrayarlo en el caso de Puerto Vallarta para entender la configuración sociocultural vigente, que nos remonta al impacto de una política pública federal que data de mediados del siglo pasado, mediante la cual el Estado nacional decidió promover deliberadamente algunos lugares como destinos turísticos, en especial aquellos que de suyo tenían la reputación de contar con características pretendidamente paradisíacas.

De lo anterior, resultó una explosión demográfica en Puerto Vallarta desatada por una nutrida inmigración que, a su vez, dio pie a un intenso proceso de urbanización, mismo que se caracterizó por ser desordenado y hasta caótico. Ambos factores presionaron entonces sobre todos los sistemas ecológicos del municipio y en su periferia, tanto en tierra adentro como en el mar. Desde luego, con la constante deforestación, el secado de manglares y

---

<sup>8</sup> Brigitte Böehm Schöendube. «El Lago de Chapala: su ribera norte. Un ensayo de lectura del paisaje cultural». *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, núm. 85, invierno 2001, vol. XXII, pp. 60-61.

esteros, así como la contaminación de las playas... se han alterado los equilibrios ecológicos, por lo que empiezan a presentarse en la ciudad los síntomas relacionados con el cambio climático, provocando que las temporadas de calor y de lluvias aquí sean cada vez más extremosas e irregulares.

El dominio de la tecnología no asegura el éxito de las estrategias adaptativas. Las poblaciones que lograron crecer hasta convertirse en ciudades, inevitablemente acusan los efectos de los rezagos sociales, es así que el desorden urbano apunta a la necesidad de plantear o replantear los planes de crecimiento si los hay; es decir, un conjunto de reglas para ordenar la dinámica del poblamiento y el uso del territorio a través de la demarcación de los que serán espacios públicos y los terrenos correspondientes a la apropiación privada, así como la normatividad general de uso del suelo para aprovechar al máximo los recursos de supervivencia (en relación con naturaleza y concretamente con la ubicación espacial); y de dominio social, concerniente al posicionamiento de los grupos relevantes para tomar decisiones sobre el empleo y destino de los recursos significativos.

No obstante, desde la perspectiva de las redes de servicios turísticos exitosas en el mercado mundial, la «naturaleza» apenas forma parte de un escenario, es un no-lugar (en el sentido que explicaremos más adelante). Significa que no importa cuán exótico sea un cuadro natural, perderá su atractivo si carece de la infraestructura de servicios de acceso y disfrute. Para reducirlo a una expresión mínima, pero poderosamente simbólica: es una especie de pugilato entre el calor húmedo de la intemperie y el aire acondicionado de los sitios cerrados.

Por lo tanto, para consolidar un destino turístico no basta con la «generosidad de la naturaleza», se necesita el artificio: la actividad humana que reinventa el paraíso al tiempo que lo pone al alcance de los usufructuarios mediante el fortalecimiento de lo que se dio en llamar un polo de desarrollo. Quizá por eso antes del crecimiento del sector turístico, Puerto Vallarta era considerado como un «paraíso escondido», en un sentido que no dista del diamante encerrado en una piedra bruta a la expectativa de la mano diestra que haga el pulimento para rescatar la belleza oculta.

Por otra parte, las estrategias adaptativas de una colectividad no son infalibles. Hay estrategias de ocupación y manejo del entorno erróneas o «mal adaptantes»; es decir, aquellas que promueven transformaciones que quizá por un tiempo satisfacen ciertas necesidades para la subsistencia y has-

ta son capaces de generar algún tipo de crecimiento económico, pero que a mediano o largo plazo generan problemas más graves, terminando por degradar el ambiente en una escala capaz de clausurar todas las posibilidades de desarrollo social de un lugar. Hoy se habla de «deuda ecológica», pero la base estructural de este nudo se encuentra en el capitalismo como forma de dominación que, desde el último tercio del siglo XX, adoptó la estrategia de la globalización como una forma de expansión planetaria.

En Puerto Vallarta, para abundar en un aspecto específico, las montañas añaden la riqueza de una densa vegetación selvática a un entorno de mar y playa. Tal combinación es una singularidad que puede fundar varios geosímbolos, y además convertirlos en una «ventaja competitiva» para nuestro destino turístico (o sea, un replanteamiento de la naturaleza prístina mediante una producción del espacio inscrita en una estrategia de mercado global): aprovechar este hábitat peculiar. Fue así que se filmaron películas en el comercial estilo de Hollywood, como *Predator* de Arnold Schwarzeneger, o que se impulsaron actividades propias del ecoturismo como el senderismo, el ciclismo de montaña y el motocross y hasta el Canopy, diversificando así la oferta de servicios a fin de atraer un mayor número de visitantes, cuyo consumo incrementa la derrama económica, que a su vez estimula a los inversionistas y genera fuentes de empleo.

Huelga decir que cuando un lugar logra acreditarse como un objeto económico solvente tiende al crecimiento urbano, y por lo mismo es codiciado por diversos grupos de interés (incluidas las grandes corporaciones transnacionales) y amplias capas de población que buscan fuentes de empleo. Una vez que se descubre el «paraíso escondido», son muchos los intereses y los grupos sociales que quieren aprovecharlo, desde los grandes inversionistas extranjeros y las pesadas burocracias del Estado —incluidos los sindicatos de índole corporativista— hasta los humildes jornaleros que ya no encuentran trabajo en el campo.

Aceleradamente, aumenta la población inmigrante que viene a establecerse a la ciudad declarada implícita o explícitamente como polo de desarrollo, tratando de aprovechar las emergentes oportunidades de trabajo. Visto así es importante destacar que uno de los efectos del turismo global es la reconfiguración de los espacios regionales y locales, mediante los bruscos cambios de su densidad de población provocados por la migración. Antes que los servicios turísticos mismos, el primer detonante estalla precisamente

en el sector de la construcción y, por ende, se refleja de inmediato en el crecimiento urbano.

De los menos de 15 mil habitantes que tenía Puerto Vallarta en 1950; pasó a casi 25 mil en 1970 —un tamaño que le permitió adquirir el estatus de ciudad en 1968—; en 1980, la población estaba cerca de los 100 mil habitantes; y para el año 2000 eran más de 150 mil personas. Se trata pues de un espectacular crecimiento demográfico y urbano, que presiona los sistemas ecológicos del territorio; debido a ello, las montañas que rodean el pueblo (que, en 1920, no sobrepasaba los 3 mil habitantes) están permanentemente amenazadas. No faltan quienes encuentran positivo talarlas, en pos de espacios habitacionales y de comercio, supuestamente por razones acordes con las necesidades actuales, impuestas por un destino turístico que compete en el mercado mundial y necesita expandirse.

Pese a la explosiva dinámica del crecimiento urbano arriba descrita, todavía en los alrededores de Puerto Vallarta pervive una profusa vegetación y fauna variada; pero la ciudad, casi paradójicamente, carece de espacios verdes, a pesar de su rica biodiversidad no tiene ni tan siquiera un jardín-museo botánico y adolece de la falta de parques.

Asimismo, la presión ejercida por el crecimiento urbano poco a poco va alcanzando las playas, y aunque en general todavía presentan niveles de contaminación bajos o al menos manejables,<sup>9</sup> la situación puede cambiar para mal si no logra ejecutarse una meditada planeación urbana que gestione el manejo del agua adecuadamente, sin olvidarse de los sistemas drenaje y desechos. La actual contaminación es ya una poderosa razón por la que debe invertirse tanto tecnologías como en educación (o creación de hábitos identificados como «cultura ecológica») que promuevan el reuso, el reciclaje y el tratamiento de los residuos, entre otros métodos ecointegrados.

---

<sup>9</sup> Sin embargo, basta con una temporada de lluvias intensas para que enormes cantidades de basura y materiales diversos sean arrastradas por ríos y arroyos, elevando los niveles de contaminación en las playas. Por ejemplo, las precipitaciones provocadas por el paso del huracán John en el 2006 incidieron para que, según la Secretaría de Salud Jalisco, se registraran los siguientes resultados bacteriológicos en las playas: Los Muertos 663 enterococos por 100 mililitros de agua; Mismaloya 884; Boca de Tomatlán 1,112; Las Ánimas 1,723; Playa del Cuale 1,723; y Quimixto 1,785. Estos muestreos indican el riesgo sanitario, ya que el parámetro aceptable no debe rebasar las 500 unidades por cada 100 mililitros de agua. *El Informador*, Guadalajara, viernes, 8 de septiembre de 2006, p. 1.

La transformación del territorio por y para una creciente población tiende a romper los equilibrios de reposición de los bienes naturales renovables, por eso debe ser controlada. Una vez que se rebasa el umbral de degradación ecológica, no hay dinero que alcance para sostener la ciudad como un producto cultural apetecible para el residente ni mucho menos para el turista, como se sigue de lo que pasa en el entorno del Cuale, sometido a una constante exigencia de cambios en su uso, que los grupos de interés promueven a fin de conseguir beneficios económicos. Un énfasis que, por desgracia, no acompaña a quienes luchan por la conservación y restauración de la isla y de las áreas verdes en general. Por supuesto, todo ello se queda impreso en el paisaje. Consiguientemente, las diferentes facetas del paisaje cultural —las transformaciones, las marcas y los desgarros que se producen en el territorio— expresan la temporalidad de un espacio disputado a lo largo de la historia por diferentes grupos sociales.

La conservación de los equilibrios naturales no implica que los recursos deban quedarse intactos, demanda en todo caso un uso racional a efecto de que la viabilidad del entorno se extienda en el largo plazo, es lo que se conoce con el neologismo «sostenibilidad». En este orden de ideas, conviene utilizar los recursos sin pensarnos como sus dueños absolutos, sino como depositarios perentorios de la tierra, el agua, el aire, las montañas, los bosques... que también pertenecen a las generaciones venideras. Se trata aquí de una propuesta ética ante la fría realidad construida por la búsqueda de rentabilidad.

En el mundo globalizado, el cambio económico es tan vertiginoso que tarde o temprano amenaza la conservación del entorno, es por eso que también suele suscitar estrategias de resistencia social encaminadas a obtener, por ejemplo, el reconocimiento de ciertos lugares como patrimonios naturales y culturales: un excelente blindaje legal que, dicho sea de paso, le vendría de maravilla a la isla del Cuale.

Parece imposible que a estas alturas de expansión de la mancha urbana de Puerto Vallarta, la isla del Cuale aún cuente con:

una comunidad avifaunística conformada por 51 especies de 26 familias; donde la mayor abundancia correspondió a la categoría no común, con tres especies endémicas y seis en la categoría de riesgo... Cuatro comunidades vegetales (Vegetación Riparia, Bosque de Galería, Bosque Tropical subcaducifolio y Es-

pecies exóticas)... 57 especies con 52 géneros agrupados en 31 familias de plantas vasculares.<sup>10</sup>

La protección jurídica para las reservas naturales no puede obsequiarse de manera caprichosa, sino que debe formar parte de la planificación general de la ciudad; o sea, la aplicación integral de criterios técnicos y sociales en el manejo de los recursos ambientales, a partir de lo cual se seleccionan los reservorios ecológicos que deben ser protegidos; en pocas palabras, se trata de un control colectivo del espacio público.

La sostenibilidad de las montañas que rodean la ciudad, o de lugares aledaños como la zona rural del Cuale —y por descontado el río y su isla— depende en mucho de que obtengan su reconocimiento como zonas protegidas. Mientras tanto, la deforestación avanza junto con la degradación generalizada del ambiente; asimismo, las calles, los parques y la isla sufren la incursión del comercio informal con puestos semifijos y ambulantes que se multiplican a discreción.

Los comerciantes legítimamente buscan un modo de obtener ingresos, aunque, dada la incapacidad de la economía formal de sumarlos a la base gravable, acaban por sostener actividades en la frontera de la ilegalidad, negociando sus posiciones y ventajas irregulares como clientelas de los partidos políticos; y del mismo modo, las autoridades instrumentalizan a estos grupos. Por lo demás, todo hay que decirlo, las estrategias informales no sienten un particular interés por el impacto ecológico que provocan en los lugares que ocupan: un corredor artesanal en la isla del Cuale como supuesta solución a la invasión de las calles por parte de los vendedores ambulantes no haría a los locatarios más respetuosos del entorno.

En este orden de ideas, la ejecución de políticas urbanas sobre un territorio puede generar equilibrio o acelerar la destrucción si carece de planificación, sobre todo si no se cuenta con la capacidad de la autoridad para hacer valer la ley en lo que respecta al uso del suelo. Justo es señalar que esto no es un problema exclusivo del Ayuntamiento de Puerto Vallarta, sino que es una cuestión que atañe a la acción conjunta, coordinada y pactada entre los ciudadanos y los gobernantes, aquí y en todo el territorio nacional.

---

<sup>10</sup> Luis Fernando González Guevara. *Proyecto Diagnóstico Socioecológico de la Isla del Río Cuale*. (mcg.) Puerto Vallarta, 2006.

Además, es necesario subrayar que las autoridades municipales casi siempre están limitadas por la influencia de los grupos económicos relevantes y por la supeditación a los otros órdenes de gobierno; sólo en última instancia asoma la falta de conciencia de algunos de los principales tomadores de decisiones en el ámbito local, recayendo la responsabilidad principal en el presidente municipal.

En síntesis, el procesamiento democrático es el mecanismo institucional más eficaz para defender los espacios públicos, donde la participación de la ciudadanía es capaz de contrarrestar la influencia de los grupos de interés; pero esto, a su vez, depende de la capacidad de la comunidad para organizarse, de que los ciudadanos estén informados para opinar y participar, lo cual requiere, entre otros aspectos, cierto nivel de educación, cultura cívica y conciencia ecológica. (Lamentablemente, es aquí donde se resiente la falta de capital cultural, sobre todo en los países en desarrollo, que son los más vulnerables en lo que se refiere a la defensa de sus sistemas ecológicos).





## IV. Los límites geofísicos y las limitaciones socioculturales

### La ocupación utilitaria

Cada vez que la acción humana transforma un espacio lo reinventa. Bajo esta consideración, el espacio es inagotable; lo que sí tiene límites es el alcance de su apropiación. El espacio apropiado es lo que conocemos como el territorio; una noción que aplicamos intuitivamente, y que vale incluso para los animales que dejan sus huellas para marcar lo que ellos, guiados por su instinto, consideran su umbral de dominio y supervivencia.

A diferencia de lo que los animales pueden hacer con sus instintos para apropiarse de un territorio, la apropiación del espacio social puede efectuarse de manera simbólica, expresiva, ritual, afectiva (lugares sagrados, santuarios, montañas, fuentes naturales, bosques, islas, rutas o lugares de peregrinaje, inclusive las que empatan con el hábitat y ciclos de reproducción de animales, como los santuarios de ballenas, tortugas, aves, mariposas; y construcciones como monumentos, edificios históricos, fuentes, arcos...).

En este orden de ideas, sostenemos que la apropiación del espacio activa una dimensión cultural, misma que puede engendrar un sentimiento de pertenencia que adquiere la forma de una relación de esencia afectiva, e incluso amorosa, con el territorio. En este caso el territorio se convierte en un espacio de identidad o, si se prefiere, de identificación, y puede definirse como una «unidad de arraigo constitutiva de identidad».<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Gilberto Giménez, *op. cit.*, p. 3.

Junto con estos valores simbólicos, existe el tipo de apropiación utilitaria que se potencia con aplicaciones tecnológicas —una represa, un puente, un camino, un drenaje, etc.— que favorecen la permanencia de un asentamiento humano, condición para inspirar sentimientos de pertenencia y forjar identidad.

En el caso concreto de la isla del Cuale, podemos observar en el paisaje actual los rasgos y huellas de las estrategias de establecimiento de la comunidad en el pasado. Con la consolidación de Puerto Vallarta como destino turístico, año con año, arribaron numerosos inmigrantes. Entre ellos, las personas con escasos recursos económicos que optaron por asentarse en torno del río, aprovechando las ventajas de una corriente de agua natural que, además, alimentaba una profunda vegetación y una nutrida variedad de animales.<sup>12</sup> Vale recordar que muchos frutos comestibles se daban aquí de manera silvestre desde tiempos ancestrales: mangos, aguacates, limones, ciruelas, guayabas; la toponimia de *Xiutla* es reveladora. Lamentablemente, algunas de las especies de fauna y vegetación de la isla del Cuale están hoy en día en alto grado de riesgo, y aunque están sujetas a protección según la norma de la Semarnat bajo la categoría A (amenaza), poco se ha hecho para disminuir el peligro de que desaparezcan.

Desde su fundación como pueblo y hasta las primeras décadas del siglo XX en que Puerto Vallarta fue elevado a la categoría de municipio, el entorno del río Cuale fue especialmente atractivo para los inmigrantes recién llegados que no tenían otro lugar donde aposentarse. Fue así que no pocos individuos se establecieron en esta zona vulnerable si se atiende a sus características geofísicas, sobre todo durante la temporada de lluvia, lo que no fue óbice para que las familias de bajos recursos consideraran este lugar como una opción buena, de hecho, ofrecía una oportunidad de ocupación que las autoridades no pudieron restringir pese a la irregularidad manifiesta. La de estas familias, fue una ocupación utilitaria con poca transformación del entorno, ya que aprovechaban los recursos ambientales de manera instrumental, para techar sus casas, por ejemplo, empleaban ramaje y troncos caídos. Quizá por esta razón aunque allí vivían no desarrollaron un sentimiento genuino de apropiación, pues sabían que tarde o temprano serían desalojados.

---

<sup>12</sup> «Dan a conocer Proyecto de Diagnóstico Socioecológico del Río Cuale». *El Guardián*, Puerto Vallarta, jueves, 29 de junio de 2006, p. 15.

Los grupos de colonos, sin embargo, se vieron obligados a luchar permanentemente para postergar tan anunciada reubicación. Como en otros muchos espacios del municipio, en ese tiempo y aún ahora, las necesidades de los habitantes rebasaron el marco de la autoridad respecto del uso del suelo habitacional y la dotación de servicios urbanos. Tal rasgo de resistencia popular «isleña» tuvo desde entonces un trasfondo de reclamo legítimo, aunque en la práctica casi todas las formas de asentamiento en ese espacio no podían más que ser ilegales.

De cualquier modo, esta lucha por la vivienda marcó el territorio del Cuale como una zona de interés público, que afortunadamente no ha caducado. En este punto conviene hablar de una apropiación simbólica que permitiría la ulterior conversión utilitaria como espacio identitario, destinado a la cultural y el esparcimiento.

Si bien la cuestión del uso habitacional siempre fue insostenible en la isla, los perentorios colonos imprimieron un cariz popular que, a la larga, favoreció a los proyectos de interés público antes que a los negocios privados. De allí el éxito de los usos relacionados con la promoción de la cultura, las actividades educativas y deportivas, así como el entretenimiento, que por cierto incluía la participación de medianos y pequeños empresarios; por allí se colaron los locales de negocios cuando el proyecto instrumental de las autoridades quería promover actividades comerciales en la tesitura de generar más atractivos para el turismo.

Esos intentos de introducir el espacio de la isla al ámbito del turismo contrastan con la continuidad del carácter popular que ponen en juego elementos de identidad colectiva, lo cual entrevera el problema del uso utilitario con el reconocimiento de valores simbólicos, otorgándole a este espacio una importancia que se extiende a la actualidad como un freno a los intentos de privatización que constantemente se ciernen sobre los espacios públicos; impide que las autoridades municipales revoquen los usos de suelo de la isla del Cuale con la facilidad que lo hacen en otros espacios que carecen de historias de arraigo semejantes, a menos que quieran enfrentar escandalosas resistencias de carácter cívico, donde previsiblemente las organizaciones ligadas al ecologismo encuentran mayor apoyo en la población.

De hecho, recientemente hubo un conato de cambio de uso del suelo cuando por el Acuerdo núm. 0730/2005 (en la sesión ordinaria del H. Ayuntamiento de fecha 27 de junio de 2005) se intentó establecer el proyecto

denominado «Corredor Artesanal del Río Cuale», con el que se pretendía la construcción de 62 locales comerciales. Situación que analizaremos con detenimiento en el capítulo final.

El entorno del Cuale presentó siempre demasiadas adversidades para que personas con altos o medianos recursos económicos desearan instalarse, de manera que los pobladores que aquí se establecieron tenían el común denominador de contar con escasos ingresos o casi ninguno para vivir en otra parte. Pero una vez asentados, los colonos generaron diversos tipos de problemas al Ayuntamiento, demandando servicios básicos mientras se lograba la reubicación. En la misma lógica hoy en día está proliferando la venta de terrenos para vivienda en zonas que carecen de equipamiento urbano, y la gente compra con la expectativa de que, ya instalados, el municipio acabará por dotarlos de infraestructura; son procesos que por falta de planeación resultan caros, ineficientes y tardan muchos años en avanzar, a menos que en tiempos electorales se activen redes clientelares para gestionar obras a cambio de votos.

Simultáneamente con el asentamiento de varias familias en la isla, aparecieron algunos comercios y otros afanes de particulares por realizar negocios en esta superficie o en la ribera de río, tanto más en la porción que es parte del centro de la ciudad; no obstante, los intentos de privatizar esta zona han sido relativamente contenidos. Hasta ahora se mantiene el predominio de la vocación comunitaria en el manejo y uso de la isla.

Por otro lado, el que diferentes grupos de personas hayan deseado vivir en esta zona a pesar de las incomodidades por la carencia de servicios y los riesgos inherentes a un cauce que amenaza con desbordarse cada temporada de lluvias, es por sí mismo un cuestionamiento acerca del crecimiento urbano que ha seguido Puerto Vallarta para estos núcleos de población con bajos recursos, compuesta en su mayoría por familias de jaliscienses de otras regiones que inmigraron en busca de oportunidades laborales. Dicho de otro modo, desde su reconocimiento como ciudad en 1968, Puerto Vallarta creció caóticamente sin planes urbanos —o si los hubo, no se respetaron de manera cabal ni antes ni ahora.

El hecho de que la ley no se aplique efectivamente para contener las zonas irregulares es también favorable para los grupos de interés más fuertes, que gozan de mayores libertades ante la inexistencia o debilidad para establecer zonas protegidas, de modo que los grupos de inversionistas poderosos ac-

túan casi discrecionalmente en el manejo del espacio. Con frecuencia, el argumento que esgrime tanto el empresariado político como el económico se reduce a que no hay otra manera de atraer grandes cantidades de dólares. En todo caso, es fácil identificar las expresiones espaciales de la falta de equidad social manifiestas en el contraste de las zonas exclusivas de hoteles y fraccionamientos de lujo, y la proliferación de franjas de marginación en las delegaciones municipales alrededor de la ciudad, encubiertas con la venta de pequeños terrenos en las afueras, que posiblemente fueron fraccionados mediante acuerdos de dudosa legalidad; la mayoría de esos emplazamientos para la vivienda no cuentan con la dotación de infraestructura de servicios públicos básicos. Además, hay fraccionamientos para vivienda popular que definitivamente no han sido autorizados, pero poco o nada se ha hecho para contenerlos.

En este tenor, los intentos por desalojar y reubicar a los grupos que lograron instalarse en las márgenes del Cuale y en la isla a fines de los años sesenta del siglo XX, ponen al descubierto los mecanismos de gestión que desde entonces han primado en esta localidad. Por lo demás, este fenómeno no es privativo de Puerto Vallarta, también en otras latitudes del país operan los usos tradicionales de la cultura política mexicana, caracterizados por el clientelismo y la propensión a negociar con la ley en lo que se refiere al uso del suelo y la regularización de la tenencia de la tierra.<sup>13</sup>

Esta digresión tiene sentido porque, en referencia al Cuale, la negociación de los colonos para evitar el desalojo involucró a los tres órdenes de gobierno: a veces el interlocutor de los colonos fue la autoridad municipal; en otras, el gobierno estatal; y en ocasiones los representantes de los «isleños» optaron por apersonarse en la ciudad de México a gestionar directamente sus pliegos de peticiones con algún representante del Poder Ejecutivo Federal.

Independientemente de los resultados concretos que alcanzaron estos grupos, la reubicación era inevitable ante la inminencia de un desastre cada vez que llovía copiosamente. En cierto sentido, el río se defendió a sí mismo

---

<sup>13</sup> Todo en consonancia con una cultura autoritaria y centralista de un país que fue gobernado durante más de 70 años por las facciones dominantes del grupo político que se alzó con la victoria luego de una cruenta revolución social. De lo que derivó que la transmisión del poder se llevara a cabo sin auténtica competencia democrática, hasta que la sociedad civil fue capaz de impulsar las reformas necesarias en el último tercio del siglo pasado, sobre todo a partir de las sospechas de fraude suscitadas por la «caída del sistema» en las elecciones federales de 1988.

con sendas inundaciones en los años 1967, 1970 y sobre todo en 1971 a causa del huracán Lilly. La mayoría de los colonos perdió sus pertenencias, incluso hubo personas que se salvaron de morir ahogadas gracias a que fueron rescatadas con improvisadas cuerdas u otros tipos de ayuda para que los damnificados alcanzaran una superficie firme. A la postre los colonos fueron reubicados; pero queremos insistir en que el cariz popular de sus esfuerzos imprimió al entorno del Cuale una recia identidad que, entre otras cosas, impediría en el futuro la posibilidad de privatizarlo indiscriminadamente. Ahora hace falta que esa densidad histórica y simbólica culmine en la declaración de la isla como patrimonio cultural y ecológico de Puerto Vallarta, para blindar legalmente este espacio público y garantizar los recursos financieros para su conservación y aprovechamiento sustentable.

Puede decirse que lo acontecido en la isla con los colonos, configuró la utilidad pública en el manejo y uso de este espacio social —material y simbólico— y penetró cual raíces de un árbol en el imaginario social de los vallartenses. Además, en tanto que zona de esparcimiento, en la isla participaron algunos pequeños y medianos empresarios con negocios temporales.

La isla, por su geografía, se identificó también como un lugar de encuentro, gracias a esa atmósfera a la vez abierta e intimista que formaba una frontera a las prisas y ruidos de la ciudad, un coto ideal para el romanticismo, la reflexión y el descanso. Este atributo de geosímbolo facilitó la transición hacia el establecimiento de un espacio cultural, propio para el goce de las artes y su cultivo, aunadas a escogidas actividades pedagógicas, lo que agilizó la ampliación de la infraestructura correspondiente con dinero público, municipal y estatal, lo cual revalida la significación identitaria de la isla del Cuale, precisamente a través de la manera en que la comunidad simbolizó y quiso emplear este espacio público.

## La apropiación simbólica

Lo hasta aquí dicho es relevante para entender las raíces identitarias de la ciudad en su conjunto, porque así es como en Puerto Vallarta se codificaron los principales geosímbolos y los lugares más apreciados con capacidad para generar sentimientos afectivos de pertenencia e identificación; así se trazaron las fronteras de lo propio, imponiendo sus jerarquías y destacando la

importancia expresiva de ciertos sitios, independientemente de si hay o no apropiación instrumental; por ejemplo, Los Arcos del malecón tienen una fuerza simbólica que no deriva de su utilidad material —que en rigor no tienen—; ello explica que después del devastador paso del huracán Kena en el 2002, su reconstrucción fue una de las primeras acciones de gobierno.

Con tales referentes se delimita el espacio de la inclusión y, simultáneamente, el de la exclusión. De este modo, la población residente se enmarca en el «espacio vivido», lo que teóricamente se denomina «lugar antropológico» (el pueblo), diferenciado del «no lugar» correspondiente a los espacios de los visitantes, caracterizados por ser ámbitos de traslado, de residencia perentoria y fugaz, como los hoteles, los restaurantes, los aeropuertos, los centros comerciales, los clubes de playa, los taxis...

¿Cómo los grupos sociales se apropian de un espacio?, ¿cómo lo conciben y transforman en territorio?, ¿cómo se adaptan?, ¿cómo lo defienden? y ¿cómo lo resignifican hasta convertirlo en factor de identidad? Planteamos estas interrogantes para Puerto Vallarta y en particular para lo que atañe al río Cuale y su isla, porque un análisis detenido de este caso nos permitirá entender la estructura general de la red institucional y de la cultura política local que articula las acciones de los diferentes grupos, asumiendo que tales procesos se plasman en el espacio como parte del todo en el paisaje.

La porción espacial que hemos seleccionado como analizador, el río y su isla, aparte de constituir una fuente de recursos para los colonos y un espacio cultural y simbólico de la comunidad, es una arena de las relaciones de poder. Pongámoslo de este modo: los grupos generan identidades políticas en función de la articulación de necesidades sociales —y de las formas de organización colectiva para satisfacerlas— donde el referente de identidad le da contenido y sentido al «nosotros» y lo «nuestro» frente a la presencia potencialmente amenazadora de los otros. Si el espacio público es algo a lo que pertenecemos y que nos pertenece, entonces el otro no necesariamente es un extranjero, sino alguien que incluso siendo parte de nosotros se ha escindido; y que en lugar de responder al interés público reivindica intereses particulares, como los grupos de comerciantes que ven en la isla, los parques y las calles, opciones para extender sus negocios o los taxistas que se apoderan de cajones de estacionamiento para uso exclusivo de su «sitio». Expropián de facto esos lugares y de inmediato establecen relaciones clientelares con los partidos políticos y autoridades para mantenerlos; al mismo tiempo,



son instrumentalizados como grupos de presión por otros personajes influyentes que se mueven en altas esferas de poder estatal.

La identidad no es una entelequia, se expresa materialmente en la convivencia cotidiana, lo mismo aparece en las manifestaciones lúdicas (fiestas populares, la feria, el paseo por el malecón); en rituales (fiestas religiosas, peregrinaciones), o en la ritualización profana (la paseada); de lo cual resulta un paisaje tachonado de geosímbolos.

Así, los diferentes grupos sociales, sea por el conflicto, o desde la solidaridad y la conciencia social, trazan su diversa caligrafía en el espacio social. En este sentido, la calidad del espacio público es una cuestión de dignidad —algo que puede sonar discordante y fuera de lugar en esta época comandada por el beneficio particular—. En nuestra cultura autoritaria desconfiamos de lo público, porque es frecuente pensar que siempre hay alguien que se aprovecha de lo que es de todos, y en tal caso no contamos con una autoridad que lo impida o que, en última instancia, sancione severamente a los infractores.

Una mirada al paisaje revela las expresiones de los grupos socioculturales que han ido apareciendo en torno del cauce y desembocadura del río; espacios en los que confluyeron numerosos individuos, familias y grupos de interés, marcándolos con sus relaciones económicas, sociales, culturales y políticas, cuyas huellas materiales se pueden leer en las transformaciones que a través del tiempo ha tenido el paisaje cultural del Cuale.

En la actualidad, ya no hay colonos, ni lavanderas en el río; en cambio, hay un montón de locales semifijos que contaminan material y visualmente la parte poniente de la isla, donde un restaurante está construyendo literalmente un segundo piso, algo que debería estar sino prohibido al menos estrictamente regulado.

## V. El río Cuale visto en la larga duración: la conexión entre tierra adentro y la costa

En cuanto a su ubicación territorial, Puerto Vallarta pertenece a la región hidrológica número 13, dentro de la provincia fisiográfica Sierra Madre del Sur, la cual inicia desde San Blas, Nayarit, y termina en las inmediaciones de los estados de Guerrero y Oaxaca.

Los recursos hidrológicos de esta región son vastos, una parte fundamental proviene del río Ameca, que a su vez es la delimitación reconocida (sin olvidar discusiones de lindes no concluidas) entre Jalisco y Nayarit. Le sigue en importancia el río Cuale, cuya cuenca se divide en tres subcuencas correspondientes a los ríos: Tecomala, Cuale y Pitillal.<sup>14</sup> Además de los arroyos con cauce todo el año, como El Nogal, Santa María y Camarones; mientras que El Palo de Santa María y Agua Zarca son arroyos temporales.

El río Cuale nace en la Cumbre Blanca perteneciente a la Sierra del Cuale, su trayecto atraviesa el poblado del mismo nombre, y su caudal es alimentado por varios afluentes hasta convertirse en el río que conocemos, y que desemboca en el mar a un costado de la playa de Los Muertos. Actualmente proporciona un 18 por ciento del total de agua para el uso y consumo de la población que vive en el centro de la ciudad, equivalente a 150 litros por segundo, suministrados a través de la planta potabilizadora instalada en 1986 por SEAPAL.<sup>15</sup>

Dado el enorme crecimiento urbano de Puerto Vallarta, la desembocadura del río Cuale se ubica hacia el sur de la ciudad, atravesando el centro

---

<sup>14</sup> ¿Qué es una cuenca hidrológica? [www.seapal.gob.mx/cuenca.htm](http://www.seapal.gob.mx/cuenca.htm). Consultado el 6 de octubre de 2004.

<sup>15</sup> La planta potabilizadora «Río Cuale». [www.seapal.gob.mx/plantariocuale.htm](http://www.seapal.gob.mx/plantariocuale.htm). Consultado el 6 de octubre de 2004.

histórico.<sup>16</sup> A lo largo de su recorrido nos encontramos con 10 puentes, la mitad de ellos de concreto y el resto son puentes colgantes construidos con diferentes materiales, por lo que su eficiencia es irregular, incluso es frecuente la clausura temporal de algunos de ellos.

La ribera del Cuale, en la porción correspondiente al centro de Puerto Vallarta, presenta una gran actividad económica y doméstica, pues lo mismo hay tramos ocupados por viviendas populares y residencias de extranjeros, que restaurantes, tiendas y hoteles. En la isla operan 6 restaurantes y 23 tiendas de artesanías por el lado poniente. También aquí está el museo arqueológico del INAH.<sup>17</sup> En el oriente hay un conjunto de instalaciones dedicadas a diversas actividades culturales: funcionan talleres de escultura en barro, gráfico, grabado, serigrafía, fotografía y litografía, acuarela, música, baile y teatro, como parte del Centro Cultural Vallartense. Asimismo, en el 2006 se instalaron las oficinas del Departamento de Cultura del municipio. (Incluso, provisionalmente estuvo la primera sede del Programa de Estudios Vallartenses de El Colegio de Jalisco).

La isla del Cuale está ubicada entre los brazos del río al cual debe su nombre; la decena de puentes arriba mencionada permite el acceso a la isla para disfrutar de su microclima: una frescura proveniente de las sombras que proveen las ramas de los árboles y la profusión de follaje verde. Así, coloridos tonos de flores compiten con el lento deterioro de la infraestructura instalada y la ausencia de la renovación que hace falta. Esto es visible en la actualidad, pero la historia de lo que no puede verse sin un análisis detenido aún está palpitando.

El origen del poblado del Cuale, río arriba, se remonta a principios del siglo XVII, cuando llegaron los primeros españoles guiados por su interés en los metales, y poco a poco sentaron sus reales en toda la región. En el siglo XIX se construyó la hacienda de beneficio «San Juan», conocida después como la «Mina Prieta».<sup>18</sup> Sin duda, esta presencia económica incidió para que en el

---

<sup>16</sup> En las coordenadas: N 20°36'20.7" y W 105°14'14.1"; y N 20°36'20.7" y W 105°14'14.1" en su porción Este.

<sup>17</sup> Luis Fernando González Guevara, *op. cit.*

<sup>18</sup> Correo de la Sierra, marzo-abril de 1999, p. 4. Se alude a un documento escrito por José García Castillo, propietario de la hacienda San José y de la mina La Grandeza (citado en Entrevista a José Grano Macedo, julio de 2003, El Cuale, Jalisco).

año 1843 se estableciera en el municipio de Mascota el Juzgado de Primera Instancia de Minería; y en 1851 se fundara el poblado Las Peñas (hoy Puerto Vallarta), en coincidencia con el auge de la minería en esta región, precisamente porque la actividad en la costa, donde desemboca el río Cuale, era complementaria de las necesidades de abastecimiento y circulación de mercancías e insumos a través del puerto.

A partir de 1857 cobró auge el registro y denuncia de las minas, prácticas que se prolongaron hasta 1885. Para entonces se habían denunciado 359 reductos mineros de esta región. Fue en Cuale, San Sebastián, Aranjuez, Bramador y Talpa donde se presentaron más denuncias.<sup>19</sup>

Sobra decir que la vía fluvial que ofrecía el río Cuale fue utilizada por las compañías mineras para sacar sus productos hacia el puerto y de allí a otros puntos; así como obtener de los viajes marítimos, por importación o contrabando, diversos productos. Desde luego, destaca el desembarque de la sal traída desde las Islas Marías y del Carmen, un artículo vital para el beneficio de la plata; más una numerosa cantidad de mercancías que incluían productos agrícolas de las rancherías aledañas a la costa y productos de la pesca.

La mayoría de los pobladores que llegaron a establecerse a Las Peñas realizaban actividades relacionadas con las minas localizadas en la sierra. No es de extrañar que en la costa hubiera dueños de tierras antes de que aparecieran los primeros pobladores propiamente dichos, y que los dueños de las minas fueran los primeros propietarios de tierra en lo que hoy es Puerto Vallarta. De hecho, los terrenos donde se asentó la población de Las Peñas eran propiedad de la Hacienda de la compañía minera Unión en Cuale. Consiguientemente, los habitantes de tierra adentro y las familias de pioneros que decidieron aventurarse en la costa mantuvieron estrechas relaciones comerciales y culturales con sus lugares de origen, cuya constancia permitió la consolidación de la población que colonizaba la costa, donde se recibía la sal —como ya dijimos, indispensable el tratamiento de los metales— y se acopiaban alimentos y enseres demandados por poblados de tierra adentro, lo que actualmente es la región de la sierra de Jalisco.

---

<sup>19</sup> Ana Cecilia Castellón Dueñas. «La minería en Mascota, 1857-1885». *Cuadernos Jaliscienses*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 34, noviembre de 1993, p. 45.

Fue así que entre Las Peñas y la zona rural del Cuale se erigieron «Los almacenes» (véase foto 1) (ubicados río arriba, al terminar el camino hoy pavimentado), donde se apilaban los costales de frijol, azúcar y sal, más otros productos de la pesca, para posteriormente transportarlos a lomo de mula hacia los pueblos mineros. Asimismo, los arrieros regresaban a la costa con diversos productos, entre los que destacaba el café y las frutas en conserva, y al igual que los arrieros de Los Altos de Jalisco, ellos eran también portadores de noticias comunitarias y mensajes personales que mantenían vinculadas a las familias migrantes de la costa con sus pueblos de origen, pese al nuevo patrón de asentamiento caracterizado por las considerables distancias entre las unidades de producción mineras y costeñas; aspecto que se asemeja a la distribución espacial de los ranchos en otras regiones de México.

Como los terrenos en donde se asentó la población de Las Peñas pertenecían a la Hacienda Unión en Cuale, fue el Señor Guadalupe Sánchez —considerado como uno de los principales fundadores de Puerto Vallarta— quien pidió permiso para asentarse y, a la postre, fue la persona encargada, entre otras obligaciones más, de asignar espacios a los nuevos pobladores, toda vez que encabezó la colonización al traer a su esposa Ambrosia Carrillo y afincar su hogar aquí, junto con otros amigos suyos, paisanos de Cihuatlán. Pronto se sumaron más inmigrantes de tierra adentro, de modo que fueron apareciendo algunos individuos provenientes de San Sebastián, Tala y Compostela, que también decidieron aventurarse. Si bien eran una minoría respecto de los oriundos de pueblos más cercanos, merece la pena mencionarlos.

El pueblito de El Cuale está enclavado en la sierra que lleva su nombre, hacia el sureste de Puerto Vallarta, evoca un pasado de bonanza minera, donde la intensidad del trabajo alcanzaba dimensiones épicas por la cantidad de obstáculos y carencias que debían vencerse. Era lo menos que demandaba la apuesta de los pobladores pioneros por la explotación de minerales; y es parte del legado identitario construido con ese férreo carácter de los habitantes para vencer las adversidades en tierras lejanas y aisladas, cuya cotidiana lucha por la subsistencia dejaba poco espacio para el dispendio y la pérdida del tiempo. Cundió desde entonces una especie de moral espartana, costumbres frugales que ennoblecían el corazón de la gente entregada a las arduas labores desde antes de que el sol apareciera en el horizonte.

El poblado de El Cuale pertenece al municipio de Mascota y, concretamente, a la jurisdicción del distrito de minería allí establecido. En la actuali-

dad todavía operan alrededor de 14 minas en esta zona,<sup>20</sup> de las cuales se extrae: oro, plata, plomo y zinc. Una brecha angosta de terracería que alcanza casi los 45 kilómetros comunica el pueblo de El Cuale con las rancherías de Los Lobos, Las Mesas, Roble, Cuate, El Nogal, El Jorullo, El Hundido, Las Guásimas y Los Almacenes. Por la misma ruta se llega a Puerto Vallarta.<sup>21</sup>

En 1921, buena parte de estas tierras ocupadas por los inmigrantes sería expropiada para conformar el Ejido Puerto Vallarta. Hasta entonces el señor Jacinto Macedo, originario del poblado de El Cuale, era el responsable de administrar las propiedades de la Hacienda en el puerto.

---

<sup>20</sup> El Rubí, Aranjuez, Desmoronado, El Bramador, La Valenciana, La Esperanza, La Descubridora, La Atalaya, El Naricero, Chivos de Arriba, Chivos de Abajo, Cobradita, Grandeza, Socorredora. David Barrera Hernández, Rafael Valladolid Cacho, Pedro Zarate. «Situación de Jalisco en el contexto minero». [www.acude.udg.mx/jalisciencia/diagnostico/mineriametalica.pdf](http://www.acude.udg.mx/jalisciencia/diagnostico/mineriametalica.pdf) 8/09/03.

<sup>21</sup> *Tribuna de la Bahía*, Puerto Vallarta, viernes, 2 de febrero de 1996, p. 4.



## VI. El río Cuale, espacio de identidad

Desde la época colonial, la fuente del río Cuale ha estado vinculada con los centros mineros que, a su vez, estaban fuertemente relacionados con los habitantes de la costa, muchos de ellos provenientes de tierra adentro, que trasladaron su residencia para aprovechar el auge del comercio entre estas poblaciones. Complementariamente, quienes emigraron se dedicaron a la agricultura y, en menor medida, a la pesca. Algunos de estos grupos se instalaron en diversos puntos de la ribera o en los terrenos aledaños a la desembocadura, desde donde aprovechaban el agua dulce que corría libremente hacia el mar para los variados usos domésticos, como dar de beber a los animales o regar sus sembradíos.

Por descontado que para las compañías mineras el río formaba parte integral del proceso de extracción, y del conjunto de las economías locales. Durante todo ese tiempo usufructuaron los beneficios del agua sin costo alguno, pues se explotaba como un bien que pertenece a todos. Amado Camarena, representante de la compañía Unión en Cuale nos aporta un claro ejemplo:

La compañía aprovecha en el mineral de Cuale, como potencia hidráulica para la reducción de metales de plata en sus haciendas de beneficio «San Francisco», «Unión» o «Zapote» y América, las corrientes de agua naturales y pluviales que atraviesan o pasan a sus inmediaciones, conocidas con los nombres de San Francisco, San Ignacio y Cuale, y además utiliza para regadíos y agujajes de sus ganados esas mismas aguas y todas las de los diversos manantiales y torrentes de los terrenos que le pertenece.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> *Periódico Oficial del Estado de Jalisco*, enero 27 de 1986, p. 670.



Los agricultores aprovechaban también las aguas del río para regar sus sembradíos mediante la construcción de acequias de madera, cuyo aspecto se parecía a una canoa, por lo que este tramo del Cuale en el que se reconducía el flujo para regar las parcelas cultivadas recibió el nombre de «Las Canoas».

Como la población carecía del servicio de agua en los domicilios, hubo quienes construyeron pozos de agua en sus casas, pero la mayoría acudía directamente al río para abastecerse. Casi siempre eran las mujeres las que cumplían con esa tarea, llevando sus cántaros al hombro para llenarlos en los veneros. En cambio, para los hombres había el oficio de «aguador», es decir, aquel que se dedicaba a llenar tinajas de agua que luego transportaba en el lomo de los burros, para distribuirla entre la población a precios asequibles.<sup>23</sup> Este oficio estaba destinado a desaparecer no bien se consolidó una infraestructura de distribución de agua, pero dado que esto no se consiguió sino en etapas muy posteriores, su imagen tuvo continuidad suficiente para pervivir en la memoria colectiva.

En este sentido, una acción significativa para la isla del Cuale fue la construcción de un pozo en la parte poniente, de donde se extraía el agua para su distribución gratuita, aunque al encargado de bombear recibía algún estipendio, la consabida propina para «el bombero», como fue popularmente reconocida esta función.

Algunos puntos de la ribera eran lugares favorables para lavar la ropa, nunca faltaba una piedra lisa y ancha que facilitara dicha labor. Por cierto, una tarea encomendada sólo a las mujeres, y ellas con ingenio construían ramadas de palapa (véase foto 2) para cubrirse del sol e ideaban unas «camas de piedra» (véase foto 3) para blanquear y secar la ropa sin alejarse de la orilla; las mujeres más pobres se dedicaban de tiempo completo a lavar ropa ajena, contratadas por las familias acomodadas.

Persistentemente, las lavanderas formaron parte del paisaje hasta fines de los años sesenta cuando Puerto Vallarta alcanzó el estatus de ciudad, coincidente con la época en que se gestó la conversión del pueblo en un destino turístico. Por ese motivo se buscaba una imagen de modernización que reñía con el espectáculo «poco edificante» de mujeres lavando en el río. Pero era tal su arraigo que no pasó por la mente de las autoridades prohibir esa activi-

---

<sup>23</sup> Catalina Montes de Oca. *Puerto Vallarta en mis recuerdos*. Puerto Vallarta: Centro Universitario de la Costa, 2001, p. 63.

dad, sino actualizarla, en obediencia a ello se consideró conveniente construir lavaderos públicos, río arriba, cuanto más lejos de la mirada de los turistas fue posible. Ese lugar fue conocido como el Remance. Dicho sea de paso, la contaminación del agua mediante los detergentes no era una prioridad; por lo demás, muchos de los jabones de pastilla utilizados antes eran hechos en casa, generalmente biodegradables.

La ribera del Cuale constituyó también un espacio privilegiado para la recreación de los pobladores de todas las edades. Los niños que acompañaban a sus madres a lavar, aprovechaban para chapotear un rato o darse un paseo flotando en una llanta. Espontáneamente se consolidaron varios lugares de recreo como: el «Estero», «Palito Verde», «Las Canoas», «Charco Azul», «El Guayparín» (un árbol ubicado debajo de La Casa del Puente). En realidad bastaba que hubiera una fosa natural con la suficiente profundidad para chapotear, de modo que quienes pasaban por allí podían hacer un alto en su camino para meterse al agua, refrescarse y pasar momentos divertidos. Los profundos charcos en los que incluso los adultos podían sumergirse y nadar eran rápidamente identificados como lugares de esparcimiento.

Pero así como favoreció el asentamiento humano, el río Cuale también constituyó durante mucho tiempo una frontera líquida para el crecimiento de la población, tenía entonces un solo cauce y para cruzarlo se improvisaban puentes hechos con rajas de palma atravesadas sobre piedras (véase foto 4), que la primera creciente se llevaba. Es obvio que esas incipientes construcciones sólo funcionaban en temporada de secas.

Por ejemplo, para acudir a la playa de «Los Muertos», los visitantes tenían que cruzar el río ya casi por la desembocadura, pues el otro lado —en lo que ahora es la colonia Emiliano Zapata— estaba lleno de vegetación silvestre, aunque también había huertos de camote, papa, jícama, cercados por lienzos de piedra,<sup>24</sup> lo cual obligaba a dar un rodeo por el estero —que se extendía desde donde está ahora la delta hasta el Hotel Río.

Un pasatiempo consolidado era recorrer el río en canoa; por el paseo en chirito (una embarcación más pequeña que una canoa) se cobraba entonces 5 centavos.<sup>25</sup> Después, era casi obligado terminar la jornada disfrutando del sol a la orilla de la playa, y comer un sabroso pescado asado «en vara» al

---

<sup>24</sup> Catalina Montes de Oca, *op. cit.*, p. 48.

<sup>25</sup> Entrevista a Ramón Cruz Pascualita, 17 de octubre de 2004.

calor de las brazas.<sup>26</sup> Estas rutinas populares fueron desapareciendo junto con esos remansos, las familias vallartenses ya no hacen estos tipos de paseos ni van a comer a la orilla del mar: la modernización, concretamente, los servicios de hoteles y restaurantes poco a poco fueron reduciendo los accesos a las playas, a favor de su clientela cautiva. Paulatinamente, el espacio público se ha ido privatizando y haciéndose exclusivo, por no decir prohibido.

Las fronteras identitarias definen la importancia de los lugares a partir del modo en que la población se distribuye y los usufructúa. La gente que tenía más tiempo viviendo en Puerto Vallarta generalmente vivía del lado norte del río; mientras que los que estaban situados en el lado sur, se decía que vivían en «*el otro lado*» —es lo que en la actualidad corresponde a la colonia Emiliano Zapata— pero entonces sólo había huertas. A medida que fue creciendo el pueblo, a mayor velocidad cuantos más migrantes llegaban, algunos ejidatarios empezaron a prestar, rentar o «vender» sus tierras. Muchos de ellos eran pobres y carecían de los recursos para invertir para explotar sus parcelas, de hecho vivían en casitas de palapa, en su mayoría dedicados a la pesca de autoconsumo, ubicándose en «las afueras del pueblo».

Esta situación de los ejidatarios pobres o empobrecidos se enlazó con el crecimiento de Puerto Vallarta, convirtiéndolos en los receptores de quienes buscaban una oportunidad de incorporarse a las fuentes de empleo que generaba la actividad turística, consiguientemente creció la demanda de espacios para la vivienda y los comercios, lo cual incrementó la demanda y por lo tanto el valor a la tierra ejidal, especialmente cuando algunos extranjeros empezaron a construir su residencia en el puerto. De manera generalizada y exponencial la plusvalía de las propiedades inmuebles se fue al cielo.

El primer asentamiento de esta época (previa al despegue de Puerto Vallarta como destino turístico) data del año de 1937, cuando los ejidatarios «dispusieron los terrenos» para unas 50 familias que habían perdido sus casas, a causa de un ciclón que prácticamente arrasó todas las viviendas que estaban ubicadas cerca de la playa —junto al malecón de la Marina, en la actualidad—. Fue así que dichas familias se establecieron en lo que ahora es la colonia Emiliano Zapata. En pocos años, tal asentamiento se consolidó, favoreciendo todo tipo de construcciones y el consiguiente crecimiento de la infraestructura urbana.

---

<sup>26</sup> Entrevista a Josefina Cortés de Torres, 9 de septiembre de 2003.

Hacia 1963, se concluyó el muelle en la playa de Los Muertos y la terminal de autobuses de «Transportes del Pacífico» ubicada cerca de allí, y estaban en construcción u operando algunos hoteles: «El Delfín» (hoy San Marino), «El Tropicana», «El Marsol»; y se consolidaba una clientela que podía sostener restaurantes como «El Dorado» y «La Iguana». Todo ello era parte de un dinamismo económico de un espacio muy poco poblado que fue ocupado en principio por gente humilde y trabajadora, a la que le correspondió la tarea de limar las asperezas más punzantes del paisaje «silvestre», previo a la modernización y, desde luego, la privatización de los espacios entonces públicos o de propiedad federal.

Otro espacio definido por el río y sus habitantes, lo ocupó el «Gringo Gulch», situado en la ribera norte. Fue la primera colonia extranjera en Puerto Vallarta.<sup>27</sup> A finales de la década de 1940 se empezaron a construir en el cerro y en la ribera del río Cuale las primeras residencias de norteamericanos; sin embargo, estas casas sólo eran habitadas una temporada al año, cuando los dueños venían para alejarse del crudo invierno norteamericano. Al principio, predominó el tipo de extranjero que buscaba un lugar tranquilo para disfrutar de una vida retirada, toda vez que habían completado su ciclo productivo en Estados Unidos.

Estos residentes extranjeros, no obstante, sus estancias temporales, lograron consolidar más que una colonia, un modo de vida que atrajo no sólo a jubilados como en un tiempo se identificó a Miami, sino a los artistas plásticos, y con ellos hubo un repunte de los bienes raíces (con tasas en dólares) y una amplia corte de inversionistas para capitalizar los ahorros de este núcleo de población.

Paralelamente, la ribera del Cuale también ha tenido variadas formas de aprovechamiento, y cada cambio de uso transformó e impactó el paisaje cultural. Mientras que la isla de «Palito Verde» se encontraba deshabitada, en torno a la isla del Cuale las lavanderas improvisaban las ya mencionadas camas de piedra y sus hijos se divertían chapoteando en el agua o jugando en piso firme. Pareciera que los ecos de sus gritos y risas impregnaron la atmós-

---

<sup>27</sup> Catalina Montes de Oca, *op. cit.*, p. 167; Carlos Munguía Fregoso, *Panorama Histórico de Puerto Vallarta y de la Bahía de Banderas*. Guadalajara: Secretaría de Cultura, Gobierno de Jalisco/H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta, p. 99.

fera del lugar, de manera que durante mucho tiempo la isla fue identificada como un espacio para la recreación.

Tal apreciación fue reforzada con la instalación de la feria y los juegos mecánicos; en efecto, allí se montaban las carpas de los circos itinerantes por definición, así como los escenarios para las representaciones de comedias y sátira política para los adultos. Además se organizaban los típicos juegos de azar, donde no podía faltar la lotería; los juegos de habilidad y puntería, como el tiro al blanco y hasta un golfito; y entre ellos los infaltables puestos de comida. La feria ofrecía los ya clásicos entretenimientos de ilusionismo, cuyo ingenio, por elemental que parezca, no dejaba de convocar y sorprender al público. Así se podía observar a la «mujer barbona», el «hombre lobo» o el «niño tragado por una tarántula gigante».

De este modo, el pueblo rompía la monotonía de las rudas jornadas de trabajo en su visita a la isla del Cuale, propagando el bullicio de los niños divirtiéndose. Asimismo, fue un lugar de asentamiento para los campamentos de gitanos que esporádicamente arribaban al puerto; más adelante, al igual que la «isla del Palito Verde», albergaron a familias humildes que ante la falta de disponibilidad de espacios para construir, levantaron ahí sus pequeñas y endebles casas de palapa y palitos.

Como se ve el río Cuale, sus islas y su gente se han transformado con el tiempo. A grandes rasgos hemos dado cuenta de este proceso de cambio de los diferentes usos que los vallartenses por elección le han dado a los recursos que provee el río. Y hemos descrito el contexto general en que se promovió la conversión en polo de desarrollo turístico. Vale la pena enfatizar en los proyectos de los residentes e inmigrantes para adecuarse a semejante transformación. ¿Qué hicieron? Lo que sigue, grosso modo, está organizado en el orden que sucedieron los acontecimientos.

## VII. El surgimiento de la isla del Cuale

En la historia de Puerto Vallarta han quedado registradas varias de las inundaciones que ha sufrido la población a causa del desbordamiento del cauce del río Cuale, éstas han orillado a los moradores a realizar obras que los protejan, y llegado el caso no quedó más que la reubicación de algunos asentamientos afectados, situaciones que más tarde dieron origen a varias colonias como la Emiliano Zapata, Díaz Ordaz, Palo Seco y Palito Verde.

En 1925, el paso de un ciclón provocó una creciente del río e inundó el asentamiento de pescadores ubicado en la playa cerca de la boca del río; otro fenómeno meteorológico, en 1926, provocó una tromba que azotó nuevamente esta zona, modificando el cauce del Cuale. El río tenía entonces un sólo brazo, pero a causa de este evento natural se produjo un deslizamiento de tierra del cerro de La Cruz (a partir de entonces este lugar fue conocido como «El reliz»), donde el cauce del río se obstruyó y, por ello, sus aguas corrieron por la calle Libertad, inundando casas y comercios: el río se bifurcó dando origen al otro brazo y, desde luego, a la isla.<sup>28</sup>

Estos hechos quedaron registrados en la memoria de los pobladores y se transmitieron a través de diversas crónicas; sin embargo, es difícil penetrar en la profunda huella de angustia y preocupación de los damnificados, lo que sólo se puede atisbar por las consecuencias impresas en el paisaje cultural, y acaso en la institución de nuevas fechas religiosas en las que se ritualizaron aquellos temores mediante ejercicios de fe, como se ilustra en este documento:

En el puerto de Las Peñas, Jalisco, a las doce horas del día seis de enero de mil novecientos veintiséis, reunidos los que abajo firmamos en la casa cural de

---

<sup>28</sup> Entrevista a Josefina Cortés de Torres, 9 de septiembre de 2003.

este lugar, bajo la Presidencia del Párroco Presbítero Francisco Ayala, con el fin de acordar un voto al Sagrado Corazón de Jesús, para interesarlo en nuestro favor de una manera especial, para que cesen las actuales lluvias, que son un obstáculo grave para que se hagan las siembras de verano, que de no sembrarse vendrá la escasez y la carestía de artículos de primera necesidad y posible miseria, después de oídas las indicaciones y exhortaciones del expresado Párroco sobre el particular, puntos que de todos son conocidos, puesto que no se necesita ser vidente para prever que no habiendo siembras habrá miseria, como así también, que lo que actualmente sucede puede considerarse como un llamado de Dios Nuestro Señor para nuestro bien, se tuvo el siguiente acuerdo: «Declarar el día de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que se celebra en el mes de junio, como fiesta principal del pueblo, en la que todas las clases sociales católicas, tomarán parte haciendo todos los actos religiosos, que su piedad les dicte; que en honor al Sagrado Corazón de Jesús, el día de su fiesta, los patronos católicos, concederán a sus sirvientes llámense mozos, criados o doméstico, así de la población, como de los campos, libre ese día para que asistan a la fiesta religiosa».- Que los patronos católicos, vean con las consideraciones debidas a sus sirvientes, tratándolos como hermanos; que los comerciantes católicos en tiempos calamitosos no suban los precios de sus mercancías, especialmente los de primera necesidad, a precios elevados inconsideradamente y sin motivo para ello; que los mismos comerciantes católicos, procuren, que los no católicos, procedan de la misma manera.<sup>29</sup>

Vale aclarar que el cambio de cauce del río que formó la isla era, por decirlo de alguna manera, temporal, ya que el cauce se desdibujaba en la

---

<sup>29</sup> «...Se dio lectura a la presente acta estando de acuerdo y conformes con su contenido, firmaron los que supieron, Francisco Mora, Bonifacio García, A. G. Matute, Eulalio Villaseñor, Manuel Gutiérrez, Félix Ponce, Felipe Zaragoza, Adolfo Bernal, V. R. Jiménez, Jacinto Macedo, C. Santana, J. Ref. Gutiérrez, Nemorio Santana, Sebastián Torres, Eulalio González, Isidoro Pilas, Marcos Joya, A. B. Gómez, Miguel Macedo, Delfino Salazar, J. G. Pérez Grajeda, José C. Guerra, Librado Arreola, Alberto Rodríguez, Norberto Joya, Marcelino Lepe, Nicanor Rico, Adolfo Quintero, Diego V. Betancourt, J. F. López, J. B. Bernal, J. Refugio Arreola, Antonio Güereña, Jesús Langarica, L. Romero, Andrés Sahagún, V. Espinoza, Juan Gómez, Luis García y Miguel Güereña... El mismo día 6, a las 19 horas y 30 min., se puso en conocimiento del pueblo el acuerdo tomado acerca de la celebración de la fiesta del Corazón Divino y con entusiasmo lo aprobó. Las Peñas, 7 de enero de 1926.- Francisco Ayala, una firma, J. De la Torre y M., una firma. Es copia que concuerda con la original, que se colocó a los pies de la imagen del Corazón del Rey inmortal. Francisco Ayala (Rúbrica)».

temporada de secas y reaparecía en la de lluvias. Sin la creciente que provocaba la lluvia, el agua corría únicamente por el brazo norte del río. Así aconteció de modo espontáneo, hasta que el Fideicomiso Puerto Vallarta llevó a cabo las obras que modificaron el lecho y el cauce del río; pero de ello hablaremos más adelante. Por el momento, vale documentar cómo fue recordado aquel cataclismo:

...en una noche tempestuosa del mes de octubre, se desprendió desde los minerales del río Cuale una tromba que, con la fuerza del viento y su gran creciente, traía árboles arrancados desde sus raíces, dejando a su paso un ruido ensordecedor y arrasando con todo lo que podía. Así fue como quedaron destruidas todas las huertas de mangos y platanares que había al otro lado del río. Este fenómeno hizo que se desbordaran sus aguas fuera de su cauce normal y se inundaran los corrales de la casa de Lupe y Victoria Ruelas así como las bodegas de la tienda de Don José Baumgarten Escudero, las cuales estaban llenas de madera, cueros que tenía en los saladeros y otras mercancías; todo ello fue arrasado. El agua empezó a entrar a la población en forma alarmante; eran ya 15 largos días con sus noches de lluvia torrencial. Por el lado norte se desbordaron también los ríos de Ameca y Mascota.<sup>30</sup>

Después de la tempestad, la vida de la gente pronto volvió a la normalidad; los colonos nunca perdían del todo las esperanzas de resolver las limitaciones y riesgos que la naturaleza imponía. Por ello, en temporada de secas no dejaban de construir y reconstruir los puentes provisionales con rajás de palma. Cuando llegaban las lluvias, el señor Manuel Barajas cobraba 3 centavos por cruzar el río en su canoa.<sup>31</sup>

Fue durante la administración del presidente Cristóbal Ruelas (1932-33) cuando las autoridades municipales y los pobladores cooperaron para la construcción del primer puente colgante, cuyo trabajo fue realizado por el señor Victoriano Espinoza; este puente estaba localizado justo debajo de donde ahora se encuentra el puente que viene de la avenida Insurgentes a la calle Libertad. Sin duda, con esta obra se logró una mejor comunicación con el «otro lado» del río.

---

<sup>30</sup> Catalina Montes de Oca, *op. cit.*, p. 110.

<sup>31</sup> Entrevista a Anselmo Hernández (conocido como «El Pájaro»), 7 de octubre de 2004.



En el año de 1939 se instaló la primera red de tuberías de agua potable, así como la construcción de tanques para su abastecimiento. El señor Agustín Flores, reconocido comerciante nayarita, con gran influencia económica y política en Puerto Vallarta y su región, intervino para obtener un préstamo del Banco Hipotecario Urbano de Obras Públicas para la realización de dichos trabajos.<sup>32</sup>

Aunque no hay duda de que se detonó la construcción de la infraestructura urbana en el municipio cumpliendo con los propósitos de generar un polo de desarrollo regional y la generación de empleos, no todos los pobladores —autóctonos o inmigrantes— pudieron beneficiarse. Las viviendas más humildes aún carecían del servicio de distribución de agua, por lo tanto siguieron dependiendo directamente del río Cuale para abastecerse. El crecimiento económico no se tradujo en equidad social.

## La isla Santa Clara

En 1935, Pedro Salazar Rosado se hizo cargo de la Capitanía del Puerto local, que administraba entonces la zona federal, a la cual pertenecía la isla del río Cuale. Por esa razón, este oficial no encontró obstáculo para iniciar la construcción de una casita en la parte poniente, cerca de la desembocadura del río. La obra quedó inconclusa debido a que el capitán Salazar fue trasladado a Acapulco. Pero apenas se le presentó la oportunidad de regresar para desempeñar el mismo puesto en la capitanía reanudó la construcción, en 1943.<sup>33</sup>

En realidad no se trataba de una gran construcción, de hecho al principio no era más que un cuarto de ladrillo y teja, pero su dueño le bautizó con grandilocuencia como «Casa Clara», porque así se llamaba su esposa. Curiosamente, de ahí en adelante, la isla fue reconocida como la isla Santa Clara,<sup>34</sup> aunque no pocos vallartenses preferían seguir llamándola simplemente «La isla».

De cualquier manera, los funcionarios del Fideicomiso de Puerto Vallarta, en 1977, emplearon el nombre de «isla Santa Clara» para designar esta

---

<sup>32</sup> Catalina Montes de Oca, *op. cit.*, p. 166.

<sup>33</sup> Entrevista a la profesora Victoria Cruz Pascualita, 22 de octubre de 2004.

<sup>34</sup> Entrevista a Carlos Munguía Fregoso, cronista de la ciudad de Puerto Vallarta, 20 de febrero de 2003.

área de la zona federal, y así quedó consignado en sus informes.<sup>35</sup> Después de las obras realizadas allí por el mismo Fideicomiso fue imponiéndose el nombre de la «isla del río Cuale» y, popularmente, también se le llamó la «isla de los Niños» en razón de su utilidad como espacio recreativo.

En 1942, de nueva cuenta una creciente alteró la cotidianeidad de los vecinos que vivían cerca del río. En este caso le tocó al barrio de la margen derecha, justo donde ahora está la calle Encino. Naturalmente, hubo una reubicación de los damnificados, pero las autoridades aprovecharon para impedir que los vecinos volvieran a ocupar los terrenos dañados.

A cambio, se promovió su reubicación en la colonia Emiliano Zapata y en una parte de la zona de «Los Muertos». Así se tomó la decisión, por recomendaciones de Agustín Flores, de convertir la zona despejada en una alameda, que luego fue identificada como el «El Campito». Posteriormente, allí se realizaron competencias y juegos que alcanzaron cierta fama y casi se convirtieron en una tradición, como el «polo en burro», que dicho sea de pasada, resultaba muy atractivo para los turistas extranjeros.

Posteriormente, bajo la administración del presidente municipal Carlos Arreola Lima (1962-64) se impulsó la urbanización de esta parte terreno en la ribera del río, edificándose el primer mercado municipal, mismo que permaneció sin cambios durante casi dos décadas. En 1981, en un contexto de mayor demanda por parte de un sostenido flujo de visitantes se realizó una gran remodelación al mercado, y no se ha hecho otra de consideración durante el siguiente cuarto de siglo, es decir, hasta el día de hoy.

---

<sup>35</sup> Fideicomiso Puerto Vallarta. Informe 2-VIII, octubre de 1979, p. 40.



## VIII. La marcha al mar o los intentos por terminar con el aislamiento de las costas mexicanas

Este capítulo se divide en dos partes: la primera alude directamente al encabezado —la marcha al mar—; mientras que la segunda, se refiere a las consecuencias de esa política oficial, es decir, versa sobre la inmigración relacionada con la modernización turística, que crea un tipo específico de neocolonos en los llamados destinos turísticos, tal como aconteció en Puerto Vallarta.

Durante el gobierno de Agustín Yáñez, la costa de Jalisco volvió a suscitar interés como posible polo de desarrollo, y particularmente Puerto Vallarta se antojaba tierra promisoría, como dejó ver en su obra literaria: *La tierra pródiga*. Con estas premisas, en 1953 se creó la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, encargada de promover un amplio conjunto de obras de infraestructura que detonarían el crecimiento económico, al tiempo que se rompería el aislamiento de la región costera, cuyos amplios recursos naturales contrastaban con la escasa población residente.

Entre las obras más trascendentes realizadas en Puerto Vallarta destacan: la apertura de la brecha de Mascota a Puerto Vallarta, la instalación de la Termoeléctrica, (incluso dejando prevista su ampliación), los primeros trabajos para la introducción de agua potable y para el tendido de la red de atarjeas en el municipio. Aunado a esta dotación de servicios, a través de diversos acuerdos con algunas dependencias del Gobierno Federal, se logró la realización de la infraestructura básica para el ulterior desarrollo de la actividad turística en Puerto Vallarta.

El 2 de febrero de 1958 se dieron a conocer las obras que se realizarían con el apoyo de BANOBRAS y la asistencia técnica de la Junta de Planeación y Urbanización, con la participación del Departamento de Economía del Estado. Dentro de estos magnos proyectos se contemplaba el aeropuerto internacional, la terminal marítima y la carretera a Barra de Navidad y la ruta Puerto

Vallarta- Guadalajara, vía Compostela. Dada la magnitud de estas obras, es evidente que se precisaba de una estrategia transexenal no sólo en lo que se refiere al gobierno de Jalisco, sino al gobierno federal.

Generalmente, se considera que la filmación de la película de *La Noche de la Iguana*, en el año de 1963, constituyó un parteaguas en la historia reciente de Puerto Vallarta, en aras de su posición como destino turístico internacional. En realidad, como hemos venido demostrando, la efervescencia del fenómeno turístico responde a una política de Estado, en un entorno internacional favorable a la «industria sin chimeneas» como sector económico de desarrollo, en cuya ejecución intervinieron, desde luego, los buenos oficios de los gobernadores de Jalisco como Agustín Yáñez y especialmente Francisco Medina Ascencio. En todo caso, es más agradable y de fácil recuperación el mito hollywoodense que involucra personalidades de fama mundial como Liz Taylor, Richard Burton y el cineasta John Houston, aunque a veces se sobrestima su impacto. De lo que no hay duda es que tales «estrellas» facilitaron la difusión turística del puerto.

El imaginario de glamour, no obstante, hubiera sido imposible sin la aportación de tierras que hicieron los ejidatarios en orden al decreto presidencial de Gustavo Díaz Ordaz, más las obras proyectadas por la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco y la intervención del Fideicomiso Puerto Vallarta. La conjunción de esta red institucional federal, estatal y municipal, así como los proyectos respaldados por recursos financieros del gobierno nacional, sentaron las bases para el desarrollo turístico de Puerto Vallarta. De este modo, se dotó a la ciudad de la infraestructura mínima necesaria para crear un polo de desarrollo regional y se establecieron las condiciones para continuar con el crecimiento urbano y turístico del municipio.

En este contexto, las actividades que se desarrollaban en la isla del Cuale iban en aumento tanto por el número de entretenimientos como por el flujo de visitantes, lo cual hacía que los puentes provisionales fueran insuficientes y cada vez más riesgosos, ya que eran vulnerables a los estragos causados por la lluvia o por el calor intensos. Se impuso pues la necesidad de contar con un puente permanente. En 1952, los vecinos se organizaron para celebrar eventos populares con la finalidad de reunir fondos para la construcción del primer puente de mampostería. Esas acciones rindieron sus frutos, aunque no inmediatamente (véase foto 5).

Fue hasta el primer año del gobierno municipal de Juan Martínez Perales (1959-61), que se formó una mesa directiva con la finalidad de llevar a cabo la construcción, entre sus integrantes destaca: Ing. Marcial Reséndiz Galván, director de obras; Juan Peña Dávalos, tesorero; y los vocales, Máximo Cornejo Quiroz, Carlos Arreola Lima y Oscar Rosales.<sup>36</sup>

Entre una kermés y otros eventos, se recaudaron algunos fondos, y sobre esa base se alentó la cooperación y apoyo de numerosos ciudadanos, ya fuera con dinero, en especie o con trabajo, sumados a la colaboración de las autoridades municipales. Vale destacar la participación de algunas personas que además de su cooperación encontraron el modo de obtener beneficios privados.

Finalmente, el puente se concluyó en octubre de 1959, después de 90 días de trabajo ininterrumpido. De esta manera mejoró la comunicación entre la colonia Emiliano Zapata y el centro de la ciudad. Este puente era de doble sentido, ubicado donde termina la calle Libertad e inicia la avenida Insurgentes.

Aunque las autoridades estaban cumpliendo con su deber en lo que se refiere al desarrollo urbano, en última instancia aquí cabe destacar la proliferación de formas de asociación y cooperación que los ciudadanos crearon para sumarse a las acciones de gobierno, lo que constituye una especie de educación política cifrada en el aprovechamiento de espacios públicos, cuyos frutos persistieron hasta nuestros días.

## La inmigración y la modernización turística: los neocolonos

Aunque desde el siglo XIX Las Peñas recibieron visitantes que expresamente venían a disfrutar de las playas en plan de esparcimiento, no fue sino hasta mediados del siglo XX que Puerto Vallarta se especializó en el turismo, dentro de un esquema de política pública de Estado, pues de otra manera habría sido muy difícil la realización de las numerosas obras de infraestructura que se precisan para el apuntalamiento de un destino turístico internacional.

---

<sup>36</sup> Catalina Montes de Oca de Contreras, *op. cit.*, p. 257.

Consiguientemente, la inversión pública federal y la gestión del gobierno de Jalisco promovieron la modernización de Puerto Vallarta. Así se amplió la oferta de fuentes de empleo que atrajo inversiones privadas y con ello numerosas familias de trabajadores de la región y del interior de Jalisco arribaron a este municipio. Destacan, como en el pasado, los oriundos de Mascota y Talpa, pues la conexión entre las regiones serrana y costeña se había establecido desde la fundación misma del pueblo de Las Peñas en el siglo XIX.

De esta manera, la creación de un polo de desarrollo turístico cumplió con su tarea de generar empleo y fortalecer las regiones. El tercer elemento, es decir, la atracción de divisas vendría por añadidura. En todo caso, el dinamismo regional se basaba en las actividades derivadas de la construcción de hoteles y demás servicios turísticos. Aunado a ello, aunque no con el mismo ritmo ni intensidad, se debía responder a la dotación de servicios para esa población inmigrante que trasladaba su residencia a Puerto Vallarta en tanto hubiera trabajo, y dadas las expectativas de crecimiento económico, suponía largas temporadas o incluso la definitividad del traslado.

Este relativamente súbito cambio en la densidad de población generó nuevos problemas o agudizó algunos que ya se tenían en el municipio, como en los casos en que no había una oferta legal de tierra. Por consiguiente, muchos terrenos ejidales y de la zona federal fueron ocupados de manera irregular, ante la incapacidad, complacencia o connivencia tanto de las autoridades locales y estatales como federales.

La población del municipio registrada en 1921 era de sólo 2,606<sup>37</sup> habitantes; en 1950 aumentó a 4,794.<sup>38</sup> Es decir, que en 30 años la población casi se duplicó. Pero en las décadas subsiguientes el crecimiento se incrementaría notablemente. Para 1960 había ascendido a 7,484. Fue entonces cuando empezó la modernización turística propiamente dicha y, aunque apenas estaba en ciernes dio para triplicar la población en 1970, al alcanzar los 24,155 habitantes.<sup>39</sup> Así pues, la tasa de crecimiento en 1960 fue de 4.6 mientras que en 1970 ascendió a 12.9. Lo que siguió en el último tercio del siglo XX fue un crecimiento exponencial de la población.

---

<sup>37</sup> *Historia del Ejido Puerto Vallarta, 1929-1998*. Censo de población realizado por la Comisión Agraria Mixta del estado de Jalisco, p. 11.

<sup>38</sup> Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco. *Primer Censo Regional de la Costa de Jalisco*. Departamento de Planeación, Gobierno del Estado de Jalisco.

<sup>39</sup> INEGI. Censo Nacional de Población y Vivienda. 1960 y 1970.

En este contexto de modernización incipiente, se presentaron en el año de 1966 las denuncias del Comisariado del ejido Puerto Vallarta respecto del problema de la ubicación de familias que se habían establecido en la isla del Cuale, ante la solicitud de las autoridades municipales para el desalojo de ese espacio, proponiendo su reubicación en tierras ejidales. Por supuesto, los ejidatarios se negaron a recibirlos ajustándose a los derechos de su tenencia de la tierra.<sup>40</sup>

De cualquier manera, destaca que es la propia Secretaría de Gobernación la institución que se avoca para resolver el «problema habitacional» en Puerto Vallarta. Asimismo, en diferentes documentos se argumenta que no existe una zona federal disponible para reubicar a los inmigrantes que constantemente crecían en número, ni la zona ejidal disponía de terrenos en el cauce del río para cedérselos a los colonos de la isla.<sup>41</sup>

¿Pero qué pasaba con estas familias que vivían en la isla? ¿Cuántos colonos eran y cómo fue que pudieron establecerse en la isla? A mediados de los años sesenta, la población isleña era de unas 70 personas entre adultos y niños, que daban continuidad a ocupaciones ocasionales que datan desde la década de los treinta. En efecto, la primera construcción para sentar una vivienda en la isla se remonta a 1935; no obstante, fue hasta mediados de la década de 1960 cuando el señor José Valdivia instaló una carpa rudimentaria hecha de palapa, ubicada al pie del puente colgante —ubicado hoy por la calle Matamoros—. Allí vendía frutas y refrescos, convirtiéndose en una referencia para las personas que vieron que era posible instalarse en la isla. Y no fueron pocas las personas que se acercaron directamente a José Valdivia para preguntarle si les podía rentar o vender un pedazo de tierra allí.

A él llegaban y le decían «oye Valdivia no me das chanza de ponerme ahí, de agarrar un pedacito porque pues no tengo donde vivir», pero él les decía «que pues ahí era federal que no podía y por el río», entonces toda esta gente que ve aquí en la colonia Díaz Ordaz es pura gente que él formó allá en la Isla Santa Clara y todos los que estamos aquí nos dio la Señora Pita de Cornejo...<sup>42</sup>

---

<sup>40</sup> Archivo del Registro Agrario Nacional (RAN). Expediente ejido Puerto Vallarta. Dcto. 130, 18 de agosto de 1966.

<sup>41</sup> RAN. Dctos. 131, 6 de agosto de 1966; y 132, 9 de agosto de 1966.

<sup>42</sup> Entrevista a Josefina Peña, 13 de febrero de 2003.



Circulaba también el rumor de que ese terreno de la isla era propiedad del ya mencionado capitán de Marina, incluso se dice que rentó un espacio de la construcción que erigió para dar techo a unas personas; como sea, la gente empezó a levantar sus casitas de palapa o de palitos, trayendo familiares y amigos, originarios en su mayoría de Talpa y Mascota, resolviendo así su necesidad de vivienda sin otros medios para instalarse en otra parte.

Vale señalar que la mayoría de los hombres que colonizaron la isla se dedicaban a la albañilería y a otros trabajos relacionados con la construcción que no requerían mayor calificación, desempeñándose como peones en los volteos o acarreando arena.

Una constante en las entrevistas con estos personajes que desde el anonimato de su labor contribuyeron a la construcción de la ciudad, es que nos brindaban más información de la que se deriva meramente de las respuestas de los informantes, obtuvimos referencias de cómo se vivía en esa época.

Con base en sus relatos reconstruimos algunos conjuntos de valores, costumbres y hábitos que orientaban la conducta de estos grupos. Por ejemplo, nos queda claro que no obstante la estrechez económica, estas familias conservaron la distribución de tareas de acuerdo con los valores y estereotipos de género. Las mujeres solían dedicarse, pues, al trabajo doméstico, pero apenas se les presentaba una oportunidad aportaban a la economía familiar los ingresos obtenidos de su trabajo en los puestos del mercado o lavando y planchando ropa ajena, como Doña Martha,<sup>43</sup> originaria de Las Palmas.

Entretanto, en estas familias que no se caracterizaban todavía por un control riguroso de la natalidad, los hermanos mayores se encargaban de cuidar a los más pequeños; era común que los niños se metieran al agua para jugar y entretenerse. Vivir a la orilla del río no era sólo una experiencia lúdica, sino libertaria. Los niños eran dueños entonces de algo que nadie les podía quitar, no necesitaban de papeles para disfrutar la naturaleza, para apropiarse jugando a las canicas, con los trompos, con las muñecas de trapo —que sus madres les hacían— correteando iguanas, persiguiendo ranas o intentando atrapar cauques (camarón de río) entre las piedras, ya corriendo entre las casitas de palapa o subiéndolo a los árboles a cortar guamúchiles; infantes ajenos a la realidad económica que azuzaba a sus padres, a la situación irregular

---

<sup>43</sup> Entrevista a Martha Bobadilla Trujillo, 13 de febrero de 2003.

del asentamiento, y todo eso que los hacía vulnerables a las lluvias e inundaciones, riesgos que constantemente acechaban a los colonos.

Las viviendas estaban asentadas en la parte poniente de la isla, pero que a su vez estaban divididas por un puente colgante. Eran dos zonas, en la «del lado de abajo» vivían Alicia, Agripina, Doña Elisa, Doña Juliana, Doña María, La Güera, Isaura, Amparo, Don Cande, Cuca, Ramona, Doña Lupe, Doña Tomasita, Doña Mica, Don Esteban y Don Chuy; y del otro lado, vivían «los de arriba»: Doña Consuelo, los «birrieros», Doña Juana, Don Julio, Chon, Doña Lola, Joaquín, Matilde, Don José, Silvia, Don Agapo, Doña Eva y Valdivia». <sup>44</sup>

En la parte oriente del río, los habitantes iban a bañarse, lavar y tender la ropa. Era frecuente que las mujeres se dedicaran a lavar ropa ajena: «eran tambaches, yo acarreaba ropa desde acá de la Allende, para abajito había una panadería, y yo por ahí llevaba ropa en la cabeza para lavarla». <sup>45</sup>

Es innegable que la isla era un lugar de alto riesgo para las familias que vivían ahí; sin embargo, los neocolonos no habían experimentado hasta entonces ninguna catástrofe. Desde luego, conocían los efectos las crecientes del río durante la temporada de lluvias; padecieron a causa de ello, pero fuera de las incomodidades normales, las pérdidas se reducían a las prendas de ropa que la corriente les había raptado de las camas de piedra. En cambio, la gente que tenía más tiempo de vivir en Puerto Vallarta sabía que el río podía convertirse en un monstruo rugiente y violento que con su torrente arrasaba con todo lo que se interponía en su fuga al mar.

Entre otras razones legales, el peligro inminente de desastres a causa de las lluvias y el consiguiente desbordamiento del río, justificaba la presión de las autoridades municipales por desalojar a los colonos de la isla, advirtiéndoles que su vida corría un grave riesgo. Precisamente, esta presión oficial propició la organización de los colonos, quienes se reagruparon en torno de José Valdivia, por entonces la personalidad descollante, quien junto con Calixtro Martínez Amador y Pedro Curiel Velasco realizaron una serie de gestiones ante los gobiernos federal y estatal para conseguir, en representación de los colonos, la autorización de permanecer en la isla; o bien, como

---

<sup>44</sup> *Ibidem.*

<sup>45</sup> *Ibidem.*

eso era imposible a largo plazo, negociar una alternativa para obtener un espacio digno para vivir.

Entre sus propuestas, los colonos ofrecieron a las autoridades realizar algunos trabajos en la parte oriente, con la finalidad de levantar una contención que detuviera o al menos disminuyera los efectos perjudiciales en caso de una crecida del río. Suponían que con ello era posible evitar la inundación de sus viviendas. Claramente, la propuesta no aportaba seguridad, pero mientras se encontraba una solución viable la gestión de los colonos les permitió obtener de las autoridades algunas mejoras, como la construcción de sanitarios de uso colectivo. Era una medida para paliar algunos de los urgentes problemas de los colonos, mientras se lograba su reubicación.

La experiencia de la autoorganización de los colonos del Cuale no es un dato menor, es parte del sedimento cultural que abona para la gestión democrática identificada con la defensa de los espacios colectivos. Con la cooperación económica de los colonos, sus dirigentes viajaron en repetidas ocasiones a las ciudades de México y Guadalajara para realizar algunos trámites que contribuyeran a la regularización u obtención de una vivienda. De este modo, Pedro Curiel, uno de los representantes de los colonos, inició así su carrera política. Pronto se convertiría en dirigente de la CROC y posteriormente llegaría a ser regidor de Puerto Vallarta.

Huelga decir que las gestiones de los colonos no siempre eran exitosas, a veces el desánimo les ganaba ante la negativa de las autoridades locales; era entonces que se proponían ir directamente ante algún funcionario del gobierno federal en la ciudad de México, y en ocasiones regresaban con la promesa de una posible solución para obtener una vivienda regular, digna y segura. De cualquier modo, las autoridades municipales no podían sino oponerse a la permanencia de los colonos.

No era una cuestión de obcecación o capricho del Ayuntamiento desalojar la isla, se trataba de una ocupación irregular, que era peligrosa y que tarde o temprano podía acabar en una tragedia. Además, las autoridades tenían sus propios planes de cómo utilizar esos espacios, así que entre los peligros inminentes y los beneficios potenciales, el Ayuntamiento ofreció reubicar a los colonos, esta vez en un cerro ubicado detrás del Templo de Nuestra Señora de Guadalupe. No era un lugar exento de riesgos, pero aportaba cierta mejoría. Sin embargo, la fuerza organizativa de los colonos les permitía intentar negociar una mejor ubicación. Y como los terrenos ofreci-

dos por las autoridades carecían de equipamiento urbano no los aceptaron. Ciertamente, tampoco en la isla contaban con dichos servicios, pero al menos les proporcionaba el agua para sus necesidades básicas:

¿Cómo construíamos en el cerro? Pues no teníamos con qué movernos, nos ofrecían en la falda del cerro, no arriba en lo parejo y luego ahí sin agua, sin calle, por eso no aceptábamos allá.<sup>46</sup>

Pedro Curiel Velasco, por cierto, no era precisamente un colono. Vivía entonces y hasta ahora en la calle Insurgentes junto al puente. En todo caso, la cercanía con la isla lo llevó a establecer una relación de amistad y solidaridad con los colonos al grado de apoyarlos en sus gestiones. En una visita que le hicieron al gobernador del estado Francisco Medina Ascencio (1965-1971) para solicitarle su apoyo, éste le sugirió contactarse con Francisco Silva Romero, dirigente de la CROC.

Inmediatamente concertaron dicha reunión, y en tal encuentro Francisco Silva ofreció su apoyo a cambio de que los colonos formaran una organización que, por descontado, debía adherirse a la central sindical perteneciente al sector obrero del PRI. Les orientó, además, para que impulsaran la creación de una escuela de cultura y confección. En efecto, la *Escuela de Cultura y Confección de Enseñanza Popular*, afiliada a la CROC, pronto fue una realidad. Tal escuela estuvo ubicada primero en la calle Guerrero, después cambió su domicilio a la colonia Emiliano Zapata y posteriormente a la calle Morelos, durante 15 años de actividades que podrían considerarse exitosas. Llegó a tener alrededor de 300 alumnas por turno. La maestra encargada de los cursos fue la señora Ruth Rodríguez de Maldonado.<sup>47</sup>

Por otro lado, el dirigente de la CROC también recomendó a los colonos que se entrevistaran con Máximo Cornejo Quiroz, que en ese momento era un hotelero, pero que años atrás, en 1952, había llegado a Puerto Vallarta como agente forestal. Para entonces era ya un activista político del PRI local; la idea de reunirse con él era plantearle el problema de los colonos y ver en qué podía ayudar. Fue otra alianza fructífera porque a la postre se tradujo en la dotación de los terrenos en la colonia Díaz Ordaz, de origen ejidal. Fue

---

<sup>46</sup> Entrevista a Calixtro Martínez Amador, 13 de febrero de 2003.

<sup>47</sup> Entrevista a Pedro Curiel Velasco, 24 de marzo de 2004.

casi lógico que Cornejo Quiroz se convirtiera en el dirigente de la Unión de Colonos (y por cierto, fue un eterno aspirante a la Presidencia Municipal).

Los terrenos así conseguidos fueron repartidos entre todos los colonos al parecer sin ningún costo, lo que nos habla más de clientelismo que de mera bondad de los dirigentes y de las autoridades encargadas de gestionar ese traslado que, sin embargo, tampoco suponía la certeza legal de la nueva posesión ya que se trataba de terrenos ejidales. A pesar de ello, algunos beneficiarios fueron edificando poco a poco modestos cuartitos, hasta que estuvieron en condiciones de abandonar la isla y trasladarse al nuevo lugar. Fue hasta la posterior intervención del Fideicomiso Puerto Vallarta que se regularizaron estas propiedades.

Otros colonos con más carencias económicas no pudieron erigir sus casas en estas tierras cedidas, debido a ello prefirieron o se vieron obligados a permanecer en la isla. Fueron ellos los que padecieron los efectos de los fenómenos meteorológicos más fuertes: la naturaleza volvió a expulsarlos de su Edén. Dicen que el agua siempre reconoce sus caminos, y una noche sorprendió a los colonos, tempestuosamente, venciendo todas sus resistencias.

## IX. De la isla del Cuale a la colonia Díaz Ordaz

La noche del 21 de septiembre de 1967 la fuerte creciente del río obligó a los residentes asentados en la isla del Cuale a evacuar. La amenaza natural del desbordamiento aceleró las acciones de desalojo que las autoridades no pudieron conseguir. Dada la urgencia, el ejército y la policía municipal participaron para facilitar la evacuación de los colonos para llevarlos a una zona segura.<sup>48</sup>

Pasado el peligro, algunos colonos regresaron a la isla, pero la mayoría se trasladó al terreno ofrecido por la esposa de Máximo Cornejo, en el norte de la ciudad, con lo que se fundó lo que en la actualidad es la colonia Díaz Ordaz. No fue un traslado realizado de un día para otro, la nueva topografía estaba enclavada entre terrenos ejidales con parcelas sembradas de jícamas y camote. La reubicación se prolongó por lo menos tres años. En ese lapso, hubo colonos aventajados que construyeron sus casas, pero los más tuvieron que improvisar, durante muchos meses, techos de lonas y ventanas cubiertas con sábanas, confirmando que los habitantes de la isla pertenecían a estratos más pobres.

Que la colonia a la que se trasladaron la mayoría de los isleños lleve por nombre Díaz Ordaz, pudiera tener algo de anecdótico, pero encierra un extraño simbolismo: la paradoja del progreso cohabitando con la pobreza. En el último año de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, luego de los convulsos meses del movimiento estudiantil de 1968 y de que los ojos del mundo se fijaron en México por la realización de los XIX Juegos Olímpicos, la presidencia puso interés en mostrar los avances y la potencialidad del país mediante el turis-

---

<sup>48</sup> *El Guardián*, Puerto Vallarta, sábado, 30 de septiembre de 1967, p. 1.

mo, particularmente con el remate que significó el Campeonato Mundial de Fútbol México 70.

Coincidentemente, se concretó en Puerto Vallarta la reunión bilateral entre los presidentes Richard Nixon y el propio Díaz Ordaz, con ese motivo se aprovechó la visita de los presidentes para inaugurar obras de infraestructura estratégicas para el puerto. Además, en el momento en que la caravana del presidente Díaz Ordaz se dirigía hacia el aeropuerto, los colonos salieron a la carretera —hoy la avenida de ingreso— con mantas y pancartas en las que solicitaban los servicios de agua, luz, escuelas, etcétera.

Al parecer esas demandas fueron atendidas con relativa rapidez, la relación del gobernador de Jalisco Francisco Medina tanto con la Federación como con el Ayuntamiento era bastante fluida —sin demeritar las gestiones de los colonos, donde destacó José Valdivia, pero siempre respaldado por el tesón de los colonos— por lo que la gente no sólo consiguió la dotación de los servicios urbanos básicos, sino que hasta pudieron construir el templo de San Felipe de Jesús.<sup>49</sup>

Por lo anterior, vale decir que el nombre de la colonia Díaz Ordaz se dio casi en automático, pero las dificultades de los colonos reubicados no terminaron automáticamente. La combatividad de los dirigentes incomodó de tal modo a las autoridades que, por diferentes motivos, se giraron órdenes para encarcelar José Valdivia y otros dirigentes populares. La detención de Valdivia finalmente generó una resistencia civil en la que las mujeres jugaron un papel decisivo. Ellas fueron los lazos de comunicación para avisar a otros líderes acerca de lo sucedido.

Don Calixtro, entre otros colonos, consiguió entrevistarse con el presidente municipal, quien les aclaró que no se trataba de una persecución política, sino que la causa de aquellas detenciones era: «por haberse asentado en terrenos ejidales» y «por andar midiendo terreno ajeno y dando cosas que no eran de él». Dicho esto, bastó una llamada telefónica de Máximo Cornejo, pues se trataba en principio de sus terrenos, para que liberaran a los dirigentes detenidos, y ya después no los volvieron a molestar.<sup>50</sup>

La vida cotidiana de los ex habitantes de la isla establecidos en la colonia Díaz Ordaz se transformó radicalmente. Contra lo que era de esperarse,

---

<sup>49</sup> Entrevista a José Valdivia, líder de los colonos de la Isla, 13 de febrero de 2003.

<sup>50</sup> Entrevista a Calixtro Martínez Amador, 13 de febrero de 2003.

les costó acostumbrarse a no tener cerca el río, el mercado, el centro de la ciudad y sus empleos. Ahora tenían que caminar mucho, ya que hasta la nueva colonia no llegaba ningún vehículo de transporte público, por lo que estaba parcialmente aislada. Los neocolonos tenían que lidiar también con los mosquitos, a los cuales ahuyentaban poniendo a quemar excremento de vaca, y el agua para tomar la tenían que extraer de un pozo que será recordado por su limpieza, pero no por su ubicación.

Como todas las colonias asentadas en terrenos ejidales —con la excepción de las colonias Emiliano Zapata y 5 de Diciembre— la Díaz Ordaz, en la década de los setenta, también carecía de servicios básicos, no obstante la gente se prendía a la promesa de que esos rezagos serían superados en poco tiempo. Mientras tanto las mujeres tenían que desplazarse hasta La Higuera, por la avenida Francisco Villa, para poder lavar su ropa.

Vivíamos más felices en la Isla, porque teníamos el río ahí cerquita, y aquí íbamos al agua hasta el trailer park, allá como a tres cuadas, acarreábamos el agua en baldes, en botes o hacíamos en el terreno pozos de agua para el baño o bañarnos, y para ir a lavar íbamos donde está la gasolinera [ubicada en la calle Francisco Villa, enfrente de lo actualmente ocupa CONALEP].<sup>51</sup>

Con la construcción de la clínica del IMSS cerraron el acceso poniente a la calle donde se concentraba la mayoría de los colonos, por lo que las casas que estaban ahí quedaron encerradas en una especie de calle «privada». Se entiende el porqué algunos colonos decidieron regresar a la isla, empezando por la imposibilidad de construir una vivienda en la colonia Díaz Ordaz. Pero las condiciones eran otras, y políticamente ya no tenían la fuerza ni la coartada para volver a retar a las autoridades por una mejor ubicación para sus viviendas. A pesar de las advertencias y amenazas, los pocos que pudieron reinstalarse en la isla se rehusaban a abandonarla de nuevo.

Para entonces, la gestión del presidente municipal José Vázquez Galván (1968-71) planeó la construcción de una Unidad Deportiva en la parte oriente de la isla; se pretendía construir canchas de básquetbol, fútbol, voleibol y hasta de tenis.<sup>52</sup>

---

<sup>51</sup> Entrevista a Josefina Peña, 13 de febrero de 2003.

<sup>52</sup> *El Guardián*, Puerto Vallarta, sábado, 11 de Julio de 1970.



## De la isla Palito Verde a la colonia Palo Seco

Posteriormente, las cosas salieron de otra manera, por algo que podría decirse fue una orden estricta dictada por la naturaleza. La madrugada del 1º de septiembre de 1971, las aguas del río Cuale se sublevaron estimuladas por la violenta presencia del huracán Lilly. Toda la ciudad amaneció inundada, los ríos Ameca, Mascota y Pitillal se desbordaron. Fueron 15 días de torrenciales lluvias como Macondo en Cien años de soledad. Varias poblaciones quedaron incomunicadas, reducidas a zonas de desastre.

Algunas de las personas, en su mayoría niños, que aún se encontraban en la isla del Cuale, fueron evacuadas<sup>53</sup> ante la inminente inundación de sus viviendas. Asimismo, quienes vivían en el islote llamado Palito Verde recibieron ayuda para salir del perímetro de peligro y se dispusieron unas escuelas públicas improvisadas como albergues; otros rescatados fueron instalados en el hotel Mesón de Los Arcos; otros damnificados más fueron trasladados a lo que hoy se conoce como la colonia Palo Seco.

Mucho se ha hablado sobre el origen de la colonia Valentín Gómez Farías, mejor conocida como Palo Seco, como resultado del dicho de la gente al ser evacuada de la isla inundada: se iban «*pa' lo seco*», y se ha afirmado que esos colonos provenían de la isla del Cuale; pero, según las evidencias que nos han aportado, parece que los damnificados que llevaron a un galerón utilizado como albergue, ubicado enfrente de donde está ahora la escuela Héroes de la Patria, eran más bien los colonos asentados en el Palito Verde, islote localizado río arriba con una extensión aproximada de 6,000 m<sup>2</sup>, donde se erigieron alrededor de 20 casitas.<sup>54</sup> Justamente, en dicha área es donde la gente dice haber visto «perros de agua» (nutrias) para sumar una más de las especies que ya no existen en esta zona. Tal islote desapareció con las obras realizadas en la colonia Palito Verde, bajo el auspicio del Fideicomiso Puerto Vallarta. Los terrenos, presumiblemente, fueron otorgados al Ing. Amezcua por el propio Fideicomiso como pago por el uso de la maquinaria utilizada en dichas obras.<sup>55</sup>

---

<sup>53</sup> Vallarta Opina, Puerto Vallarta, sábado, 31 de agosto de 1971.

<sup>54</sup> Entrevista a Justino Castillo Peña, 3 de marzo de 2003.

<sup>55</sup> *Ibidem*.

Los colonos de este islote eran también originarios de Talpa y Mascota en su mayoría, predominantemente de condición humilde, vivían también en casitas de palapa y de palitos; y trabajaban alternativamente como pescadores y albañiles, o como jornaleros de carga de arena «arrimando material a la casa de los americanos». <sup>56</sup> El señor Justino, originario de Talpa, recuerda que siempre «había mucho trabajo», lo que no fue óbice para que como fieles devotos de la Virgen de Talpa contribuyeran en la construcción del templo de Nuestra Señora de Talpa en la colonia Palo Seco.

Algunos de estos colonos se rehusaron a vivir lejos del río y se fueron a vivir a la colonia Palito Verde. Posteriormente llegaron otros habitantes a la colonia Palo Seco, la mayoría de escasos recursos, atraídos por el bajo costo: 15 pesos el metro cuadrado, <sup>57</sup> y por las facilidades que otorgaban los programas de crédito del Fideicomiso Puerto Vallarta. Así empezaron a fincar sus modestas viviendas, en este sentido, los colonos se aferraron a un pedazo de tierra para vivir en la isla como una estrategia de sobrevivencia, dispuestos a ser reubicados a un lugar menos peligroso y más dotado de servicios, en un contexto de fuertes cambios y de competencia por la tenencia de la tierra; al final estos grupos de trabajadores y sus familias resultaron ser forjadores de colonias como la Díaz Ordaz, Palo Seco y Palito Verde.

Vale recordar que hasta los años noventa, en Puerto Vallarta no había más de 35 colonias populares, mientras que en el 2006 se registran alrededor de 220. Algunas de ellas son asentamientos irregulares, establecidos en las llamadas zonas de riesgo. Por mencionar algunas de las colonias que presentan problemas de regularización de la propiedad y de uso de suelo, y que además total o parcialmente están en perímetros de riesgo son: El Caloso, Agua Azul, Bugambilias, Villa de Guadalupe, La Esperanza, Getsemaní y Buenos Aires. (Pero además de la Delegación de Ixtapa, falta señalar los problemas de las delegaciones de Las Juntas, Las Palmas y El Pitillal. Más las agencias municipales de Mismaloya, Boca de Tomatlán, El Cartón, El Jorullo, El Ranchito, La Desembocada, Mojoneras, El Colorado, Playa Grande, El Rancho Viejo, El Zancudo, Santa Cruz y Tebelchia).

---

<sup>56</sup> *Ibidem.*

<sup>57</sup> Mientras que en la colonia Palito Verde se cotizaba a \$25.00 el m<sup>2</sup>. En contraste, en Conchas Chinas se pagaba hasta \$412.65 por m<sup>2</sup>. Aviso del Fideicomiso Puerto Vallarta publicado en un desplegado en la prensa. *Aquí Vallarta*, Puerto Vallarta, sábado, 29 de septiembre de 1973, p. 15.

Volviendo a nuestro tema, dentro del Programa de Desarrollo Económico presentado por el Gobierno del Estado de Jalisco en 1971 se proyectó la construcción del puente en la Boca del río Cuale, así como el «Aprovechamiento turístico asistencial y deportivo de la Isla del Cuale»,<sup>58</sup> entre otras obras prioritarias. Una vez más se pretendía dar un nuevo uso a la isla.

---

<sup>58</sup> AHJ. 350.86 JAL. *Requerimientos de Obras Públicas y Lineamientos del Programa de Desarrollo Económico*. Gobierno del Estado de Jalisco, agosto de 1971.

## X. La isla, patrimonio del Fideicomiso Puerto Vallarta

Desde el inicio de su mandato, Luis Echeverría mostró interés por la consolidación turismo como una actividad económica estratégica para México; en consecuencia, le resultaba obvio y práctico aprovechar el decreto presidencial de Díaz Ordaz respecto de Puerto Vallarta, dentro de otras tareas relacionadas con los polos de desarrollo turístico, cuyo modelo sería Cancún a partir de 1974.

Con base en los mismos criterios de operatividad vislumbrados en la adjudicación que llevó a cabo Díaz Ordaz de las 1,026 hectáreas pertenecientes al Estado de Jalisco al Fideicomiso Bahía de Banderas en 1970, Echeverría continuó la tarea con otro decreto presidencial publicado el 9 de enero de 1973,<sup>59</sup> en que se establece el Fideicomiso Puerto Vallarta, quedando el gobierno federal como *fideicomitente*, el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos como *fiduciaria* y los ejidatarios como *fideicomisarios*.

Entre los fines se señalaban los siguientes:

1) Promueva el desarrollo, construcción y fraccionamiento de los terrenos expropiados, ahora fideicomitados; 2) proceda a la venta de los lotes urbanizados; 3) constituya empresas turísticas y negocios conexos en los terrenos fideicomitados, siempre en beneficio de los intereses de los fideicomisarios y con observancia de lo que dispone el Decreto Presidencial Expropiatorio del diez de noviembre del año de mil novecientos setenta...; 4) grave los terrenos fideicomitados o parte de ellos, siempre que sea para obtener financiamientos destinados a la urbanización, construir edificios propios para el desarrollo del

---

<sup>59</sup> Publicado en el Diario Oficial de la Federación, 18 de enero de 1973.

turismo, a creación de empresas turísticas o de negociaciones conexas; 5) entregue a los fideicomisarios, por conducto del FONDO NACIONAL DE FOMENTO EJIDAL, la indemnización...; 6) ponga a disposición de los fideicomisarios, por conducto del FONDO NACIONAL DE FOMENTO EJIDAL, las utilidades que se generen como diferencia entre las inversiones y gastos que se realicen y los productos de los arrendamientos y de las ventas de los lotes urbanizados y las ganancias obtenidas por las empresas turísticas y negociaciones conexas que se constituyan, siempre con observancia de lo que estatuya, al respecto, la vigente Ley Federal de Reforma Agraria.<sup>60</sup>

La administración de la zona federal fue delegada al Fideicomiso Puerto Vallarta, precisamente esta zona incluía el entorno del Cuale en el centro de la ciudad; sin embargo, sólo se hace una referencia específica a la isla del Cuale. Los terrenos de la entonces llamada isla Santa Clara fueron entregados al Fideicomiso para su desarrollo en 1974 por la Secretaría de Patrimonio Nacional,<sup>61</sup> quedando su entrega sujeta al régimen de posesión legal que la propia Secretaría determinaría posteriormente. El costo estimado de los terrenos fue de cien pesos por m<sup>2</sup>. Y se consideró un área aprovechable de 29,950.00 m<sup>2</sup>, cuyo costo aproximado fue, por lo tanto, de 2 millones 995 mil pesos.<sup>62</sup>

La extensión total de la isla en la actualidad es de 28,123.18 m<sup>2</sup>, de los cuales 60.26 por ciento corresponde a áreas verdes y andadores; y 11,173.435 m<sup>2</sup> han sido destinados al uso comercial.<sup>63</sup> La pregunta es cómo es que se modificó el uso del suelo para fines comerciales.

La responsabilidad de la gestión del Fideicomiso recayó en el Lic. Heladio Ramírez López, quien intentó establecer puentes de diálogo con grupos y actores locales para consensuar el aprovechamiento de la isla, pero ello apenas constituyó un punto entre otros objetivos para el desarrollo del turismo en la ciudad. En realidad no se avanzó mucho, fue hasta 1977, cuando el Lic. Alfredo Leal asumió la dirección del Fideicomiso, en un contexto de reorga-

---

<sup>60</sup> Contrato del Fideicomiso Traslato de Dominio. Fideicomiso Puerto Vallarta. Cláusula PRIMERA. Fin del Fideicomiso. p. 6.

<sup>61</sup> Fideicomiso Puerto Vallarta: Informe 2-VIII, octubre de 1979, p. 45.

<sup>62</sup> *Ibíd*, p. 49.

<sup>63</sup> *Apud*. Luis Fernando González Guevara. *Proyecto Diagnóstico...*

nización de los grupos políticos locales, los cuales en su mayoría se resistían a pagar la regularización de sus terrenos en las nuevas colonias, lo mismo pasaba con los individuos que tenían o aspiraban a tener un local comercial en el perímetro. No obstante, fue durante esta administración que se realizaron las obras de urbanización en la isla. En retrospectiva él opina que el fideicomiso

realiza el segundo puente sobre el río Cuale (sic) y se decide a rescatar para el turismo y la ciudad la isla de los Niños, que entonces era un tiradero de basura en el que se lavaba y tendía ropa. Había que hacerla habitable, enseñable, decorosa y se hizo —no obstante que eran tierras federales— se le dio servicios y se le acondicionó». <sup>64</sup>

Dos años antes, a mediados de 1975, habían iniciado las obras de construcción en la parte oriente, bajo la dirección del Ing. Luis Favela Icaza. Las retroexcavadoras profundizaron las vertientes de ambos brazos del río con el fin de evitar que las crecientes volvieran a inundar la isla; esa fue tal vez la primera medida para brindar protección y seguridad al resto de las obras que ahí se llevarían a cabo, <sup>65</sup> entre ellas la construcción de tiendas de artesanías y restaurantes, así como los espacios para la recreación de los niños en la parte oriente.

Como señalamos antes, también se construyeron, río arriba, los lavaderos públicos dotados de llaves de agua y techos para protegerse del sol, condiciones mínimas que facilitarían la reubicación de las mujeres que acudían al río a lavar, <sup>66</sup> la finalidad era ocultar así la «mala imagen» que daban las lavanderas.

Asimismo, se realizaron obras de ornato para embellecer la isla, incluso se contrataron a técnicos en jardinería traídos desde la ciudad de México, quienes escogieron bugambilias y copas de oro para realzar el impacto visual de los jardines; pero para el paisaje cultural tuvo mayor impacto el relleno de la isla del Cuale con la tierra extraída en la construcción del túnel del Libramiento que atraviesa la montaña, con lo que se perfiló el aspecto que tienen

---

<sup>64</sup> Entrevista a Alfredo Leal Cortez en: *Puerto Vallarta: 150 años de historia*, Puerto Vallarta: 2001, p. 120.

<sup>65</sup> *El Guardián*, Puerto Vallarta, sábado, 21 de junio de 1975, p. 1.

<sup>66</sup> *El Guardián*, Puerto Vallarta, sábado, 16 de agosto de 1975, p. 1.

actualmente ambas construcciones. Estas obras —el túnel y la isla— se enmarcaron dentro del programa de turismo,<sup>67</sup> diseñado junto con los programas de infraestructura urbana, habitacional y de desarrollo de la comunidad, bajo la promoción del Fideicomiso Puerto Vallarta.

Las obras realizadas en la isla tuvieron un costo de 8 millones de pesos, cabe señalar que dentro de estos programas también se concluyó la construcción del puente ubicado en el poniente, con un costo que superó los 6 millones.<sup>68</sup> El proyecto contemplaba destinar una porción de la isla a los servicios turísticos, por lo cual albergaría un restaurante con comida internacional, una discoteca, un molino de agua, jaulas de aves, la zona artística, una cafetería, la zona de escultura, la plaza de arte, una sala de pintura, la zona museo de arqueología y el reloj floral.

En cambio, para el lado oriente se proyectó un área de recreación infantil, precisamente por eso se le conocería como la «isla de los niños». Recuperando la tradición de lugar de esparcimiento; ahí se ubicarían los juegos mecánicos, las pistas de patinaje y baile, el chapoteadero, el golfito. Además de la zona infantil, habría una zona para adultos por lo que se contempló una plaza de los mariachis, una fuente y el espacio de comida. Habría servicios de uso general, como el alumbrado y los sanitarios, el puente colgante para acceder con facilidad a la plaza principal de la isla.

A pesar de los aires de cambio, identificables en las modernas obras de infraestructura para el esparcimiento, la isla no sólo conservó su identidad como espacio de encuentro, sino que la fortaleció sin perder la atmósfera propicia para el encuentro romántico.

En 1976, todavía algunas costumbres permanecían invariables, los noviazgos entre adolescentes, por ejemplo, eran sancionados con severidad por la mayoría de los padres, debido a ello las citas de las jóvenes parejas debían pactarse en secreto lejos de la vigilancia casera. Los enamorados se las han ingeniado todo el tiempo para eludir las restricciones paternas; y las sombras y tranquilidad de la isla son cómplices naturales. Entre la construcción de los locales arriba mencionados y su ocupación, transcurrió un período en el que la isla permaneció relativamente desierta. Sólo las tareas de construcción del

---

<sup>67</sup> Dentro de este programa se contemplaban también las áreas de Zona hotelera de «Las Glorias» y Zona hotelera II. *El Guardián*, Puerto Vallarta, sábado, 24 de enero de 1976, p. 6.

<sup>68</sup> *El Guardián*, Puerto Vallarta, sábado, 15 de octubre de 1977, p. 4.

puente, ubicado al poniente, alteraba su tranquilidad habitual, por lo tanto, siguió siendo un sitio ideal para el romance y los enamorados de todas las edades se apropiaron rápidamente de este espacio al que llamaban simplemente «La islita».

En los locales desocupados reinaba un ambiente de tranquilidad, y es probable que algunas parejitas hayan anticipado con su felicidad íntima la inauguración oficial de los negocios, entonces apenas protegidos con bardas, que más que una protección, eran un medio de expresión para el amor y el desamor ocultos. En una época pre graffiti, en las bardas se escribían declaraciones y leyendas, mensajes que indicaban «quien andaba con quien», poemas, versos, y hasta confrontaciones escritas entre rivales de amor, etcétera.

Había una cafetería llamada «El Duende», cuyo afable dueño fue testigo y acaso cómplice de algunas de aquellas citas de los enamorados y de la camaradería que acompañaba las reuniones de los jóvenes. Inadvertidamente, se forjó una rutina colectiva que involucraba el paso por la isla. El recorrido obligado era del malecón de los novios (de la Marina) a La Islita; o bien, iniciar en La Islita y continuar por el Malecón de los novios. Existía siempre la posibilidad de encontrarse en ese trayecto con los amigos y con el amor.

Los domingos, después de salir de la tardeada (evento que por entonces solía tener un horario de 4 de la tarde a 8 pm.) los jóvenes que podían pagarlo —y los que no, se las ingeniaban para sumarse— se iban a las discotecas de moda (*Okey Maguey*, *Stonys*, *Leonardos*, *Sugar*) convertidas en espacios de socialización con carta de ciudadanía para los jóvenes vallartenses. Además, entre semana, a la salida de la «ETI», «La Pesquera» o del «Colegio», La islita era un lugar de encuentro después de las clases; o, dado el caso, los que hacían «la pinta» también se reunían aquí, convertido otra vez en el espacio furtivo de la diversión juvenil, razón por la cual siempre había un rumor de risas, mezcladas con susurros, en sintonía con el murmullo del agua del río.

## Un fantasma destructivo ronda la isla

Del anterior paisaje, casi bucólico, queda muy poco (véase foto 6). Ahora se ciernen varios peligros que aceleran la degradación de este espacio; pero en los años setenta no se vislumbraban los riesgos ecológicos.



Los locales comerciales de aquella época fueron otorgados a los miembros de las organizaciones que habían colaborado de alguna manera con el Fideicomiso. Por lo relatado acerca de los representantes de los colonos, sobra decir que los primeros en ocuparlos pertenecían a la CROC. Ellos estuvieron ahí alrededor de dos años, pero al no llegar a un acuerdo con el Fideicomiso respecto del pago acordado (para decirlo claro, no querían pagar) decidieron abandonar los locales.

De esa primera generación de locatarios sólo quedaron cuatro, entre ellos el señor Luis Trejo, nacido en San Juan del Río, Querétaro, entonces dirigente de los vendedores ambulantes de la playa y secretario de organización de la CROC, quien mantenía además una buena relación con Alfredo Leal, director técnico del Fideicomiso. De este modo, Luis Trejo supo aprovechar la oportunidad en beneficio de algunos vendedores ambulantes que solían trabajar en la playa, a quienes invitó a ocupar los locales. Primero llegaron los dos hermanos Vega Becerra, procedentes del Estado de México, luego ellos trajeron a sus familiares. Por consiguiente, sostienen que: «el fideicomiso nos dio la oportunidad de ayudarnos, en realidad porque quería que la isla funcionara».<sup>69</sup>

Posteriormente, con el respaldo del PRI y del propio Fideicomiso, el propio Luis Trejo realizó gestiones en la ciudad de México ante el FIDEC<sup>70</sup> para obtener la concesión de los locales por un período de 99 años, lo cual no se concretó por diferencias entre los dirigentes; actualmente los locatarios pagan sus licencias cada tres años. Los beneficiarios de esta clase de prebendas muestran su lealtad a sus relaciones corporativas en la misma medida que los políticos locales buscan en ellos sus clientelas, tanto para la estabilidad como para la captación de votos en los tiempos de campañas electorales. Entretanto, algunos locatarios promovían lo que dieron en llamar el nuevo «Tenampa», en la parte oriente de la isla, en donde los mariachis amenizaban las fiestas mexicanas para los turistas; el experimento duró alrededor de dos años debido al rechazo de los residentes extranjeros que habitaban en Gringo Gulch a

---

<sup>69</sup> Entrevista a Luis Trejo, 23 de marzo de 2004.

<sup>70</sup> Fideicomiso Fondo para el Desarrollo Comercial (FIDEC), constituido como entidad de la Administración pública federal paraestatal por acuerdo publicado en el *Diario Oficial de la Federación*, el 24 de marzo de 1980.

quienes «no les pareció el ruido de la isla, era muy bonito en las noches, nomás que ellos protestaron y se quitó», según lo relata Luis Trejo.

Esto que pudiera ser sólo una anécdota, revela el funcionamiento del entramado institucional tradicional propio de un pueblo, basado en relaciones corporativas (casi premodernas), donde la importancia de la influencia y la amistad podían hacer más que cualquier procedimiento legal. En este sentido, el PRI construía sus redes clientelares a través de sus organizaciones corporativas, en las que pesaba más el influyentismo, el compadrazgo y la amistad, que el respeto a la ley; de modo que estos factores de cultura cívica tradicional eran un poderoso cemento que cohesionaba la vida en comunidad.

En aquella época el arreglo informal podía desatar los nudos que obstaculizaban el usufructo de algunos espacios públicos; pero la degeneración de esas prácticas fácilmente podía caer en la corrupción y, por lo mismo, en el secuestro de lo público por parte de algunos particulares que manipulan las redes de la influencia para su propio y casi siempre mezquino interés. Es así que se consiguieron no pocos permisos, la autorización de obras y licencias de construcción, usos del suelo, etc., abarcando incluso zonas o lugares en los que, desde el punto de vista de la ecología, no deberían permitirse ni concederse transformaciones.



## XI. El espacio público convertido en espacio cultural

En los años ochenta, la sensibilidad sobre la armonía entre la comunidad y el entorno había madurado, en parte por los muchos cambios que la modernización turística había impreso en el paisaje. Así se gestó una demanda específica acerca de la isla del Cuale, proponiendo que allí se realizaran actividades culturales y recreativas.

En respuesta, el presidente municipal Aurelio Rodríguez Garza (1986-88) informó, en una reunión de Cabildo celebrada el 30 de mayo de 1986, del acuerdo con Eduardo Philibert Mendoza, director ejecutivo del Fideicomiso Puerto Vallarta, mediante el cual el Ayuntamiento promovería que la administración de la parte oriente de la isla se destinara a la realización de actividades culturales.<sup>71</sup>

La iniciativa contemplaba, entre otras cosas, ofrecer una vez al mes conciertos de música popular. Especialmente en lo que se refiere al mariachi, encontró resistencia por parte de los residentes de «Gringo Gulch» y algunos hoteleros, oponiéndose a dicha iniciativa, pretextando el «ruido que se iba a generar».<sup>72</sup>

Posteriormente se informó que el director del Fideicomiso Puerto Vallarta entregaría la isla del Cuale al Ayuntamiento, con la presencia del gobernador Enrique Álvarez del Castillo y Manuel Camacho Solís, entonces titular de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología.<sup>73</sup> Tal acuerdo nunca se concretó; sin embargo, la persistente labor de los artistas locales fue sufi-

---

<sup>71</sup> Actas de Cabildo, H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta, Acta núm. 11, 30 de mayo de 1986, Libro V.

<sup>72</sup> Entrevista a Aurelio Rodríguez Garza, 27 de agosto de 2003.

<sup>73</sup> *Aquí Vallarta*, Puerto Vallarta, sábado, 25 de marzo de 1989.

ciente por su propio peso específico para apropiarse de una parte de la mencionada zona oriente, como espacio público para beneficio de la comunidad vallartense.

Ahí se creó a principios de la década de 1980 el primer taller de pintura, a cargo del profesor Javier Niño. Las clases iban dirigidas hacia los niños y se impartían los sábados. Posteriormente, se incorporaron Helena Munguía y Katy Huet; luego vino la construcción del «salón redondo», donde el profesor Jerezano daba clases de música y después albergaría los talleres de escultura en barro, grabado, fotografía y litografía.

En 1991, inició sus actividades el Centro Cultural Vallartense; y un año después la pintora Ileri Topete presentó una propuesta al Ayuntamiento para iniciar un taller de acuarela, el cual sería impartido como parte de su servicio social en función de una beca «para jóvenes creadores» que el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes le había otorgado. Su proyecto recibió el apoyo de Fernando Baños, director de Cultura y de Rocío García Gaytán e Ignacio Guzmán, regidores de Cultura.

En esta misma área, se construyó un jardín preescolar; también María y Juan Brito tuvieron un local donde exhibían obras de pintores locales. Allí mismo, Roberto Bermejo puso un Estudio Galería.

Durante la administración del presidente municipal Rodolfo González Macías (1992-94) la isla albergó una extensión del Instituto Allende, de Guanajuato, y para su operación hubo que desalojar a los talleres, recluyéndolos en el «salón redondo». Dicho instituto también impartía talleres de arte, pero tenían un costo muy alto y estaban dirigidos principalmente a residentes extranjeros (incluso se cobraba en dólares). Tal instituto apenas permaneció dos años, al cabo de los cuales los talleres recuperaron los locales que habían perdido.

En 1996, con el apoyo del profesor Carlos Munguía, entonces director de Cultura y María Inés Francia de Baños, regidora de Cultura, se gestionó el uso del jardín preescolar, que se encontraba abandonado, para destinarlo a la escuela de música, misma que fue conocida como «la escuela de música y sus talleres».<sup>74</sup>

---

<sup>74</sup> Entrevista a Ileri Topete, 23 de marzo de 2004.

Como resultado de todas estas actividades que a pesar de sus vaivenes conservaron durante varios años su factor común de promover actividades artísticas y pedagógicas, el 12 de noviembre de 2002, el Ayuntamiento de Puerto Vallarta aprobó, en sesión ordinaria, el dictamen que declara Zona Cultural a la parte oriente del río Cuale, justo donde se localizan los talleres de arte y cultura, cuya extensión es de 2,963 m<sup>2</sup>. En dicho documento se asienta:

queda estrictamente prohibido destinar el área declarada zona cultural para otros fines que no sean propios del fomento a la cultura.<sup>75</sup>

Tal iniciativa fue presentada por María José Zorrilla Alcalá, en respaldo de las gestiones que junto con los artistas y alumnos se habían venido realizando para que esa área fuera reconocida exclusivamente como espacio cultural. Este logro es relevante porque, a la postre, fue lo que permitió participar en el Programa de Apoyo a Infraestructura Cultural de los Estados (PAICE),<sup>76</sup> a través del cual se recibió apoyo tripartita de los órdenes de gobierno para la remodelación de los espacios, con el propósito de que la totalidad de los talleres contaran con lo necesario y fueran espacios dignos de su función.

A raíz de la descentralización iniciada por el Ayuntamiento de Puerto Vallarta, el Departamento de Cultura construyó sus instalaciones en esta área, en donde a partir del 13 de octubre de 2004 realiza sus actividades.

El 20 de diciembre de 2004, fue reinaugurado el Museo Arqueológico Regional del Cuale, con la participación del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Vale llamar la atención que esto aconteció después de varios años de inactividad del museo. Por fin, sus puertas fueron abiertas nuevamente para exhibir objetos arqueológicos de la región Occidente del País.

Sin embargo, diferentes grupos de interés siguen porfiando por transformar el empleo de la isla, cuyas presiones han conducido a diversas encrucijadas, al punto de no saber si la isla del Cuale podrá mantener su estatus de espacio para la cultura frente a los intentos y los avances concretos del comercio organizado y, sobre todo, del comercio informal.

---

<sup>75</sup> Oficio 918/2002, Secretaría General del H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta. Acuerdo del 12 de noviembre de 2002.

<sup>76</sup> Para recibir este apoyo se requiere de esa declaratoria, que garantice que la inversión beneficiará única y exclusivamente a la promoción de la cultura.



## XII. ¡La isla se queda!

### La isla de los gatos y el corredor artesanal

Como vimos al principio, las estrategias adaptativas transforman la naturaleza y el paisaje, al tiempo que la comunidad se transforma así misma. Muchos de esos cambios impactan en la cultura, resignificando valores y símbolos que robustecen las identidades locales y, desde luego, dejan su huella en el paisaje.

Sin embargo, hay un momento crucial en el que las estrategias adaptativas ceden a lógicas ajenas y se imponen prácticas mal adaptantes, cuando el procesamiento democrático del manejo del ambiente no logra contrarrestar la influencia de los grupos de poder, y los intereses económicos y sus razones instrumentales no son contenidos por objeciones éticas, resulta una serie de acciones que atentan, primero, contra los sistemas ecológicos y a la larga contra la comunidad misma.

Precisamente, la falta de contrapesos éticos genera consecuencias económicas y ecológicas, sin efectos distributivos, lo cual agudiza la inequidad social y pone en peligro las posibilidades de desarrollo sustentable de la región. Hay que admitir que los destinos turísticos de México no se caracterizan por tomar las decisiones estratégicas con base en la participación democrática.

En el 2005, con una discreción que es de llamar la atención empezó a perfilarse un proyecto de corredor artesanal para la isla del Cuale que, entre otros fines, pretendía dar solución a la demanda de los comerciantes semifijos retirados de los parques públicos. A su vez, tales parques, debido a su propio deterioro, habían sido incluidos en otro proyecto que los convertiría en estacionamientos. Allí fueron considerados los parques Hidalgo, Lázaro



Cárdenas y Benito Juárez en el centro de la ciudad, además de la plaza de El Pitillal en la delegación del mismo nombre, con lo que se modernizarían esos espacios públicos, y simultáneamente se aligeraba un problema de vialidad.

Por lo demás, el tema del tránsito en el centro de la ciudad seguirá sin solución, en la medida en que no se aborda el problema de manera integral, dejando desarticuladas cuestiones como: el mejoramiento del transporte público y la racionalización de sus rutas; la peatonalización de algunas calles —se intentó parcialmente, pero ante la resistencia de pequeños grupos de interés la medida naufragó—; la regulación con horarios especiales para la circulación de vehículos de carga; por supuesto, los estacionamientos funcionales con tarifas accesibles; más un plan de vías alternas o, dado el caso, la construcción de un arco de circunvalación en la ciudad para desahogar el centro histórico, como exitosamente lo han hecho otras ciudades; todo complementado con una cultura cívica de respeto al reglamento vial que, además, aliente el uso de bicicletas o motonetas de baja cilindrada, poco contaminantes, etcétera.

En todo caso, sin información y con una indiferencia de sobra, la respuesta ciudadana ante la ejecución del plan de parques-estacionamientos no fue de masiva resistencia, aunque sí intensa pese a estar condenada al fracaso. Algunos grupos ambientalistas o, vale decir, obstinadas individualidades ecologistas se ataron a los árboles para tratar de impedir que los talaran, motivo que, por cierto, los hizo pisar la cárcel, lo cual no fue impedimento para realizar la transformación.

Si bien los parques públicos eran ya víctimas del descuido y, por ello, fáciles de secuestrar por el comercio informal, el *quid* es que este tipo de proyectos urbano ambientales que, dicho sea de paso, dejarán su impronta en el paisaje cultural de la ciudad, deben ser dados a conocer a la comunidad ampliamente y con la debida antelación, para que con base en tal información, consulta y discusión, sea posible construir los consensos que allanen el camino de la modernización urbana y neutralicen los conflictos y las iniquidades (véase foto 7).

El proyecto que afectaba a la isla del Cuale también adoleció de la falta de difusión. Casi un año después de su aprobación en el Cabildo, el proyecto del corredor artesanal para la reubicación de poco más de 60 comerciantes (correspondiente al número de locales proyectados) fue dado a conocer públicamente en voz de Miguel Ángel Curiel, oficial mayor de Padrón y Licencias. Aunado al retraso, la información no fue clara ni completa; consiguientemen-

te generó confusión. En la esfera pública poco o nada se sabía acerca de los costos, el impacto ecológico, los beneficiarios, los tiempos o fechas, tanto de la reconstrucción en la isla como de la reubicación de los comerciantes.

Sin proponérselo, correspondió a Raúl Melayes Rodríguez, secretario general de la CROM (recuérdese el papel de las centrales obreras, campesinas y populares del PRI décadas atrás), participó activamente apoyando a los colonos y locatarios de la isla, por lo que no es del todo descabellada la posibilidad de que esta nueva gestión adquiriera rasgos corporativos y clientelares) ventilar el asunto en la prensa, con la siguiente declaración:

El 15 de junio podría iniciar la construcción del centro artesanal de la isla del río Cuale... Estamos en condiciones de que este centro se haga en la zona poniente de la isla del Cuale, a un costado del centro cultural —aquí hay una errata porque dicho centro está en el lado oriente—, por lo que solicitamos al presidente, y de hecho se comprometió en gestionar los créditos del FOJAL (Fondo Jalisco de Fomento Empresarial) con el objeto de apresurar la construcción... Dicho centro artesanal tendrá un costo aproximado de seis millones de pesos, los cuales se dividirán entre el gobierno estatal, municipal y locatarios... Se manejó como fecha de entrega los días últimos de octubre, por lo que desean iniciar el 15 del presente mes; por lo tanto, el periodo de construcción será de tres meses.<sup>77</sup>

No está demás señalar que el mes de junio de 2006 era clave para el cierre de campaña de los numerosos candidatos a los puestos de elección popular, desde la presidencia de la República hasta los del Ayuntamiento de Puerto Vallarta, pues en esta ocasión las elecciones estatales de Jalisco eran concurrentes con las federales del 2 de julio.

De manera que el proyecto del corredor artesanal en la isla, podía pasar desapercibido entre un mar de noticias; o bien, ser aprovechado para colocarse como tema de campaña de interés local. Precisamente, el 9 de junio, sin hacer mención de lo que se cernía en la isla, fue presentada ante las entonces candidatas a la diputación federal del PRI y el PRD,<sup>78</sup> un proyecto

---

<sup>77</sup> *Tribuna de la Bahía*, Puerto Vallarta, miércoles, 31 de mayo de 2006.

<sup>78</sup> La regionalización política de Puerto Vallarta se integra a los distritos electorales federal y local, número 05 (se vota por un diputado federal y uno local), en la jurisdicción 069 del Instituto Federal Electoral.

para crear una reserva de la biósfera en la zona rural del poblado de El Cuale. El ecólogo Jorge Téllez López, director de la ONG Nuestra Tierra, pretendía que quien resultase electo diputado federal se comprometiera a apoyar este mecanismo de protección ambiental a las zonas abandonadas al deterioro y la erosión, pues «el único marco jurídico viable que puede salir del congreso federal para hacer un escenario de protección y desarrollo efectivo, es el de crear una reserva de la biosfera».<sup>79</sup>

Esa hubiera sido una excelente oportunidad para al menos cuestionar el corredor artesanal en la isla, y si en ese momento no afloró el tema se debe justamente a la falta de divulgación de dicho proyecto por parte de las autoridades correspondientes. Sin embargo, no transcurrieron muchos días antes de que la discusión en torno al corredor artesanal se colocase en la opinión pública.

La Canaco, a través de Luis Alberto Topete, su presidente local, dio su opinión al respecto centrando su argumento en la necesidad de incorporar a los comerciantes a la formalidad, por lo que el corredor era una manera de aprovechar que unos 50 comerciantes habían sido desplazados de los parques Hidalgo y Benito Juárez por las obras de los estacionamientos; de lo que se sigue que lo que le afecte a la isla

es el menor de los males... Ojalá se tuviera un lugar más adecuado que no fuera un área verde, pero se tienen que tomar decisiones que no necesariamente son integrales... Sé que no es la (solución) más viable, pero por el momento puede solucionar la problemática.<sup>80</sup>

La visión empresarial, sea burda o muy sofisticada, en general supone y admite que la lógica de la rentabilidad subordine la defensa del ambiente. Y aunque esta tendencia no es inmediatamente catastrófica o siempre negativa, da pauta para que poco a poco se vayan agudizando las deudas y los rezagos sociales, sea en protección de la ecología o en la dotación de servicios públicos relacionados con la educación, la vivienda, la salud, etc.

En otras palabras, ante la posibilidad de absorber inversiones millonarias, es frecuente que las autoridades y los agentes económicos locales acep-

---

<sup>79</sup> *Tribuna de la Bahía*, Puerto Vallarta, viernes, 9 de junio de 2006, p. 15.

<sup>80</sup> *Vallarta Opina*, Puerto Vallarta, lunes, 19 de junio de 2006, p. 5.

ten relajar los controles ecológicos, por más que se exijan los estudios de impacto ambiental. Bajo esta lógica, la agenda municipal da prioridad a todo lo que conviene al fortalecimiento del sector turístico, aunque eso no necesariamente convenga a los habitantes de Puerto Vallarta. Por consiguiente, en la ciudad proliferan obras magnas que en diversos grados de agresión lesionan el ambiente por su sola edificación y por su ulterior funcionamiento, secando manglares, modificando rutas pluviales, alterando esteros, talando árboles, contaminando los cuerpos de agua, en suma, acciones que alteran el equilibrio de algún ecosistema en particular y de la totalidad del ambiente. Además, paulatinamente se forman franjas de marginalidad y otros puntos de conflicto e inestabilidad social.

Si toda esta problemática de la modernización vertical pudiera comprimirse en el universo del río Cuale, simbólicamente cabría recordar la desaparición de los «perros de agua» o nutrias que nadaban aquí hasta las primeras décadas del siglo XX —ahora son animales casi mitológicos que sólo perviven en la memoria de quienes pudieron verlos—; tal ausencia contrasta con la actual sobrepoblación de gatos en la isla. En ambos casos, se trata de una alteración de la cadena alimenticia de especies en este hábitat; también en ambos, la intervención de las acciones y los intereses de los grupos humanos es decisiva en el derrotero del sistema ecológico en su conjunto.

Junto con la falta de mantenimiento, la negligencia de los que en la isla comercian, especialmente en lo que concierne a la limpieza y la recolección de basura, la indolencia de la ciudadanía para respetar los espacios públicos, son algunos de los factores que no sólo permitieron sino que alentaron el «empoderamiento» de los gatos isleños. (Por supuesto, no es algo que deba reprocharse a los felinos que, al fin y al cabo, únicamente guiados por sus instintos responden a las oportunidades de subsistencia cedidas por los vallartenses).

Desgraciadamente, la numerosa presencia felina acelera el deterioro ambiental de la isla, evidenciando el descuido y la irresponsabilidad de los humanos allí involucrados, donde los comercios fijos, y principalmente los semifijos y ambulantes son los principales cómplices, pero no los únicos.

La ocupación gatuna en una escala relevante data de mediados de los años 90. Si bien algunos extranjeros simpatizantes o miembros de organizaciones protectoras de animales les han brindado atención médica veterinaria, alimentación e incluso esterilización, el gato, elevado casi a la categoría

de plaga, es un analizador de varios subsistemas sociales que no están funcionando adecuadamente y que afectan a la salud pública, como las deficiencias en el manejo y la recolección de basura, algo que se extiende a todo el municipio. En todo caso, los gatos se siguen reproduciendo sin control; y algunas personas con buenas intenciones han preferido —en lugar de sacrificarlos— llevar más gatos a la isla para allí abandonarlos a su suerte.

## A manera de conclusión

En este orden de ideas, lo que hace falta a la isla, y lo que no se ha hecho aquí ni en el resto de las delegaciones municipales, tiene que ver con los objetivos centrales de cualquier gobierno en sus planes de desarrollo: elevar la calidad de vida de los pobladores y, simultáneamente disminuir la agresión al ambiente, para lo cual es indispensable fomentar prácticas sostenibles a partir de una buena educación que facilite la toma de conciencia y aliente los comportamientos apropiados en cada uno de los habitantes, desde los niveles básicos hasta los superiores.

Precisamente por ello, la defensa de la isla, concretamente la resistencia ante el proyecto de corredor artesanal es también una acción pedagógica de enorme relevancia para Puerto Vallarta (aunque es poco probable que la movilización generada por estos acontecimientos mantenga su intensidad para culminar en la conversión del entorno del Cuale en un patrimonio ecológico protegido jurídicamente).

Tan sólo considerar a la isla del Cuale como una opción para un corredor artesanal es ya un síntoma del pragmatismo político y utilitarista que prima en las agendas municipales de los llamados centros turísticos, trátase de Cancún, Ixtapa, Acapulco o Puerto Vallarta mismo. El nombre del proyecto en cuestión es en realidad un eufemismo para designar el traslado de comerciantes que ni siquiera venden estrictamente artesanías, sino un montón de productos pastiche, como esos zarapes confeccionados a máquina con los emblemas de los «Cowboys» de Dallas, los «Bulls» de Chicago o los «Dodgers» de Los Ángeles; o las camisetas de baja calidad con leyendas que agreden tanto por el insulto en sí como por el pobre manejo del idioma que exhiben; así como baratijas fabricadas en China o en Guatemala, en fin,

nada que tenga que ver con las genuinas artesanías regionales o siquiera mexicanas (véase foto 8).

Este fenómeno que banaliza la creatividad de la auténtica artesanía se extiende a la mayoría de los negocios dedicados a la venta «souvenirs» en todos los centros turísticos. Por un lado, es producto de la feroz competencia global y sobre todo de la competencia desleal basada en la piratería y la informalidad; y por otro, es consecuencia de las relaciones clientelares que el PRI estableció como parte de su base social, y que, en donde es gobierno, el PAN imita, ocultando sus intenciones últimas con la coartada de que el «autoempleo» —y de hecho toda la economía informal— es parte de la solución en la búsqueda de crecimiento; pero nada de esto ha podido demostrar que es una estrategia efectiva para abatir los altos índices de desempleo en nuestro país...

En contraste con lo declarado por la Canaco, Ana Mendizábal, quien fue administradora de la isla de 1979 a 1985, sostiene que el deterioro de este espacio está relacionado directamente con la renta de los locales comerciales, mismos que al principio se pensaron para promover la artesanía, pero después vinieron los locales de comida y los restaurantes, los cuales aprovecharon todas las oportunidades formales e informales para extenderse. Fueron ellos los que apelaron a los gatos para que atraparan a los roedores atraídos por los desperdicios de comida; pero como es natural, los felinos —de los pocos animales que matan sin necesidad de comerse a su presa— depredaron también a las iguanas, las cuizas, las aves y otros animales pequeños, empezando por alterar el ciclo de las especies ovíparas cada vez que comen o destruyen un huevo.

Paralelamente, se ocasionaron los primeros problemas en el drenaje (inexistente o deficiente hasta la nulidad), entretanto los comercios artera e impunemente arrojaban sus desechos a los cuerpos de agua (no sólo los locales dentro de la isla, sino también los que se ubican en la ribera e incluso casas de particulares, cuyos vertederos y escurrimientos van directamente al río); se acentuó el déficit de sanitarios y en la recolección de basura. Además, el interés privado expropió el espacio público de corredores y porciones completas de jardines en los que antes solían jugar los niños. El colmo es que no fueron pocos los locatarios que dejaron de pagar el arrendamiento que les correspondía, para no hablar de las contribuciones destinadas a mejorar los espacios y servicios de uso común, como los puentes. En resumen:

Todo es utilitarismo —dice Ana Mendizábal— es la posición de las autoridades y habitantes; la gente quiere ganar con la barata del montón de turistas que vienen aquí. Cómo es posible que la isla del río Cuale, uno de los atractivos más grandes y naturales lo dejen tranquilamente perderse. ¡No les interesa nada!... La presencia de más locatarios en las actuales condiciones generará más problemas: «Con qué derecho ofenden al pueblo tratando de resolver un problema, si van a perjudicar tan gravemente. No sé si hay otros lugares. Pero ¿por qué ahí (en la isla)?»<sup>81</sup>

A partir de la segunda quincena de junio, ante la inminencia de la ejecución del corredor artesanal, se gestó una lenta, pero aún no tardía réplica social; primero con base en declaraciones en la prensa local, matizada, insistimos, por el contexto electoral. Finalmente, el Centro Universitario de la Costa marcó un nuevo rumbo, empujando hacia una posición académica ecologista que rechazaba la idea de multiplicar locales comerciales en la isla; pero sin vetar, llegado el caso, la posibilidad de una movilización de protesta en las calles.

Por su parte, el gobierno municipal no sólo enfrentaba la cuestión electoral, sino otros problemas relacionados con la ecología, incluso mucho más candentes que el propio corredor, como la cuestión de la saturación del basurero municipal, lo cual, implica tanto los costos de la inhabilitación del que ya caducó como la construcción y apertura inmediata de un nuevo relleno sanitario. Asunto que trajo a primer plano críticas sobre cuestiones administrativas y de transparencia, relacionadas con los fondos para realizar semejantes obras.

Así las cosas, apenas subió la intensidad de la resistencia para detener el proyecto de corredor artesanal, la certeza de su construcción, cuyo inicio estaba contemplada a mediados de junio, empezó a desvanecerse en el aire.

Una de las primeras cosas que quedaron claramente establecidas fue el desconocimiento del proyecto por parte de la comunidad, el periodista Jaime Castillo Copado abordó el tema encabezando su reportaje con el título: «Prevalece desconocimiento del proyecto del corredor artesanal»,<sup>82</sup> donde muestra los resultados de algunas entrevistas: el gerente del hotel Rosita (afectado

---

<sup>81</sup> Noemí Zamora Reynoso. «Del recreo infantil a una franja comercial». *Tribuna de la Bahía*, jueves, 15 de junio de 2006, p. 12-13.

<sup>82</sup> *Vallarta Opina*, Puerto Vallarta, jueves, 22 de junio de 2006, p. 3.



porque justo frente a sus puertas se instalaron provisionalmente los comerciantes desplazados de los parques) manifestó su deseo de conocer los pormenores y fechas probables del proceso de reubicación, para lo cual buscaría reunirse con el presidente municipal, sin conocer las opciones de la autoridad municipal manifestó que mejor «no adelantaran vísperas».

Los propios comerciantes que eventualmente serían los beneficiados también ignoraban de qué se trataba el asunto, pero atisbaban que «en caso de irse a la isla del Cuale contarán con más competencia para comercializar sus productos lo que posiblemente disminuirá sus ventas»; sin embargo, admitieron que «se han asentado en lugares que no les corresponden bajo el amparo de autorizaciones temporales ‘manteniéndose a la brava’ sin que la autoridad los reconvenga».

Este rasgo de convertir los espacios públicos en lugares de conquista antes que de convivencia, es parte de los conflictos que se presentan cotidianamente en las calles; y muestra la contradictoria relación que los ciudadanos tienen con la ley, algo común en los países en desarrollo; al mismo tiempo, exhibe la incapacidad de las autoridades para hacer valer el estado de derecho.

El comercio informal revela una debilidad institucional que entrevera factores económico políticos y socioculturales; y es desde este punto que debe analizarse la estrategia de los ambulantes para ocupar las calles, sus formas de organización, sus alianzas y connivencias con las autoridades; de lo contrario es fácil estigmatizarlos como una lacra social.

Por su parte, Manuel Santana Encarnación, jefe del departamento de Arte y Recreación del Ayuntamiento de Puerto Vallarta (cuyas oficinas están ubicadas en la isla, en correspondencia con la definición de espacio cultural que la comunidad le confirió a este lugar, según lo detallamos antes, aunque también hay quienes opinan que toda actividad administrativa en este espacio es un exceso inaceptable, aunque se trate de una «oficina cultural») externó su desacuerdo y preocupación por el proyecto de corredor, debatiendo con las declaraciones del presidente de la Canaco, en el sentido de que la reubicación de comerciantes informales en la isla era «el menor de los males». Que a su vez, mereció la aclaración de Luis Alberto Topete, en el sentido de que el corredor en la isla es «un proyecto viable, pero no deseable», que

se manejó como una opción, sabemos las carencias que se tienen en Puerto Vallarta de lugares para reordenar y reubicar todos esos comerciantes... Creo

que es una tarea que tiene esta administración municipal, sacar adelante, de manera conjunta con todos, vendedores, sindicatos, iniciativa privada y población en general... así como se afecta un área verde, también se afecta de manera terrible la imagen que estamos dando por esos puestos (en la calle), entonces se le tiene que dar una solución... yo te aseguro que si dicho proyecto fuese desde un principio un proyecto que atentaría contra un área verde, seríamos los primeros en oponernos».<sup>83</sup>

El principal resultado de estas controversias en los diarios, fue llamar la atención sobre un proyecto que aún no se conocía bien, y que por lo tanto aún no había madurado como un tema de opinión pública que destacase el daño que podía inflingirse a la isla y a la comunidad vallartense con la construcción de los locales comerciales.

Apenas se ventilaron públicamente estas diferencias, Hugo Rojas Silva, jefe de Promoción Económica Municipal, aseguró que el corredor no se haría este año: «la idea es dejar un proyecto viable para que la próxima administración pueda hacerse cargo de ella si así lo desea».<sup>84</sup> Quizá era la mejor manera de desactivar la discusión y, por ende, la resistencia al proyecto. De todos modos, Rojas Silva destacó que se trataba de una inversión de 6.5 millones de pesos, de los cuales los gobiernos federal y el estatal aportarían 2 millones cada uno, el resto le correspondía al municipio, pero en realidad serían los propios comerciantes los que, mediante créditos Fojal, amortizarían los 2.5 millones, lo que supone su ingreso a la economía formal, pues para obtener el crédito es necesario darse de alta en Hacienda y solicitar la licencia municipal. A cambio, contaría ya con un espacio comercial completamente legalizado. Sin embargo, agrega el funcionario:

Por cuestiones electorales y el cierre administrativo de los tres niveles —explica Rojas Silva— no habrá recursos y por ende no hará (el presidente municipal actual) el proyecto.<sup>85</sup>

---

<sup>83</sup> Miguel Ángel Ocaña Reyes. «El corredor en la isla del Cuale, un proyecto viable pero no deseable». *Vallarta Opina*, Puerto Vallarta, martes, 27 de junio de 2006, p. 5.

<sup>84</sup> Lourdes Martínez. «No se construirá este año». *Tribuna de la Bahía*, Puerto Vallarta, martes, 27 de junio de 2006, p. 4.

<sup>85</sup> *Ibidem*.

A principios de junio se consideraba que a mitad del mes iniciarían las obras del corredor, ahora el asunto se trasladaba al 2007 y, consiguientemente, a la siguiente administración municipal. No obstante, era demasiado tarde para detener las protestas que se avecinaban, de manera que haciendo eco a la postura del Centro Universitario de la Costa, se haría una manifestación «frente al palacio municipal para hacerle saber a la autoridad que no están (los ciudadanos) dispuestos a perder esa área verde y la defenderán».<sup>86</sup>

En las reuniones previas a este anuncio habían participado diferentes miembros de la comunidad universitaria a título personal; allí mismo se decidió que la movilización debía ser ciudadana más que puramente académica o sólo del CUC; la ONG Nuestra Tierra inmediatamente manifestó su adhesión, y se acordó por unanimidad formar una nueva asociación civil avocada a la «defensa de los espacios verdes que sólo deberían pertenecer a la comunidad».

Un día después, alrededor de 150 personas, integrantes de organizaciones no gubernamentales, ecologistas, universitarios y público en general, destacando los grupos de niños portando pancartas, se reunieron ante la presidencia municipal para manifestar su rechazo al corredor artesanal (véase foto 9). Allí entregaron un pliego petitorio dirigido al presidente municipal Gustavo González Villaseñor, con 8 puntos para la conservación y defensa de la isla, que en síntesis propone:

1. Que la isla sea un espacio para la cultura y las bellas artes; 2. Revocar el acuerdo del Ayuntamiento que autoriza el corredor artesanal; 3. Que no se autorice ninguna construcción, ampliación, desarrollo, remodelación, etc., de locales comerciales ni de oficinas; 4. Qué no se realicen obras que atenten contra el área verde; 5. Crear un fondo de preservación y mantenimiento de la isla; 6. Promover para que la isla obtenga el estatus de «Área Natural Protegida»; 7. Mientras tanto realizar las medidas urgentes de protección y restauración del entorno ecológico y fisonomía de la isla; y 8. Promover lo necesario para declarar a la isla como patrimonio de los vallartenses.

Junto con el pliego, el colectivo ciudadano entregó un diagnóstico socioecológico de la isla, cuyo responsable fue el Maestro en Ciencias Luis Fernando González Guevara. En estos documentos se manejan diversos elementos de información que fundamentan la defensa de la isla con una pers-

---

<sup>86</sup> Noemí Zamora Reynoso. «Ciudadanos se manifestarán ante el palacio municipal». *Tribuna de la Bahía*, Puerto Vallarta, miércoles, 28 de junio de 2006, p. 10.

pectiva ecológica y social que no se ciñe a las necesidades inmediatas impuestas por el problema del comercio ambulante. La introducción del pliego dice que el propósito es que:

Puerto Vallarta mantenga un crecimiento ordenado, con una visión responsable a largo plazo, respetando los intereses del pueblo sobre los intereses de grupos políticos o de grupos con intereses económicos particulares.

Entre otras cosas, destaca el hecho de que el corredor artesanal fue aprobado por el pleno del Cabildo por unanimidad; sin embargo, no hay evidencia de que los regidores hubieran sustentado su voto en un estudio de impacto ambiental ni que hayan consultado y obtenido la aprobación del Consejo Nacional de Agua, ni cotejaron el proyecto con el Plan de Desarrollo Urbano para garantizar su coherencia y apego a la legalidad.

Además, todo parece indicar que con tal aprobación el Ayuntamiento falta al título de concesión núm. 08JAL124565/13EAGR00 otorgado por el Poder Ejecutivo Federal, que impide construir obras permanentes en el área concesionada y, en cambio, obliga a realizar tareas de mantenimiento y conservación ecológica.

Es de señalarse que, una vez más, en torno de la isla de Cuale se produjo un tipo de movilización popular, en este caso una manifestación ciudadana pacífica que defiende una visión de desarrollo y reprueba la explotación de áreas públicas por razones económicas, en especial si se trata de las escasas áreas verdes de la ciudad. Allí destacó una manta cuyo lema dio pie al título de este opúsculo: «Gustavo, tú estás de paso ¡La isla se queda! Por el bien de todos».

A diferencia de lo que sucedió en el Parque Hidalgo, la isla no sólo involucra un frágil equilibrio ecológico ante el impacto del crecimiento urbano, sino que hay detrás una historia y un conjunto de referencias identitarias que catalizaron los mecanismos sociales de defensa ante actos de autoridad apresurados o impropios.

También hay que decir que en el interior mismo del Ayuntamiento había diversas opiniones, y no sólo Manuel Santana, a cargo de la Cultura del municipio, manifestó públicamente su desacuerdo con el proyecto. El procurador social del Ayuntamiento, Carlos Efraín Yerena declaró:

El clamor de muchos ciudadanos demuestra que debemos rescatar el espacio de cultura en la parte de atrás de la isla del Cuale, por lo que la idea de convertirla en un corredor comercial artesanal para reubicar a los vendedores semifijos desplazados del Parque Hidalgo «es una idea loca».<sup>87</sup>

Justo es reconocer que el presidente municipal ofreció una respuesta expedita a la propuesta ciudadana, a través de su secretario general de gobierno, Antonio Lugo Morales, quien inmediatamente anunció la revocación del acuerdo núm. 0730/2005, como parte de la gestión del pliego petitorio. Algo que no podía hacerse en un día porque hay un procedimiento de revocación que debe respetarse. Pero la voluntad política de llevarlo a cabo estaba ya ofrecida a los manifestantes, quienes, cumplido su objetivo se retiraron pacíficamente.

No obstante, días después, el síndico Miguel Ángel Yerena revivió el conflicto al argumentar que «el acuerdo suscrito el día de la manifestación... carece de sustento legal, ya que la fase del mismo se encuentra en su etapa ejecutoria».<sup>88</sup> No sólo eso, afirmó que

es improcedente por la falta de sustento legal que exija a los concejales tomar la decisión de la revocación... Los actos de gobierno son la ley, y las autoridades no pueden revocar sus mismos actos. Para hacer efectivo esto, es importante que venga acompañado por una orden judicial, donde se especifiquen los motivos de la derogación. Aunque están fuera de tiempo para hacerlo, es importante que cualquier ciudadano dé ese paso, de lo contrario el acuerdo cuasi verbal que se presentó el día de la manifestación es improcedente.<sup>89</sup>

Se trataba de argumentos legales que iban en sentido contrario de lo pactado por el propio presidente municipal, y es difícil determinar el propósito subyacente de semejante declaración; quizá era establecer un compás de espera a fin de que el ya presidente municipal electo, Javier Bravo, se queda-

---

<sup>87</sup> *Vallarta Opina*, Puerto Vallarta, viernes, 23 de junio de 2006, p. 3.

<sup>88</sup> Víctor Trejo Olmos. «El acuerdo firmado carece de sustento legal». *Tribuna de la Bahía*, Puerto Vallarta, viernes, 7 de julio de 2006, p. 9.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

ra en la obligación de retomar el proyecto, ya sea para ejecutarlo o para revocarlo, pero en otro escenario político menos tenso.

Sin embargo, una vez que el tema de la isla del Cuale fue colocado en los espacios de la esfera pública es poco probable que ningún proyecto de corredor artesanal pueda prosperar. Este orden de ideas, vale agregar que esta es la razón por la que los pueblos con una identidad al mismo tiempo recia y flexible logran superar los conflictos, asimilando las experiencias como una parte viva de la historia de la comunidad, que es al mismo tiempo la vitalidad del presente y la plasticidad en el futuro.

A pesar de su modernización como destino turístico internacional, Puerto Vallarta sigue teniendo su centro histórico (aunque aún no logramos consensuar el mejor modo de conservarlo y restaurarlo dentro de un entorno que ha crecido de pueblo pequeño a gran ciudad). De lo que no hay duda es que tendremos una ciudad empobrecida si no somos capaces de recuperar la isla del Cuale como espacio público de creatividad y esparcimiento, así como las áreas verdes en general, que están bajo la amenaza constante de la deforestación, el expolio y la contaminación, como hoy en día está pasando, basta observar el paisaje para advertirlo: un estero menos y una península más.



## Anexo fotográfico



**Foto 1.** A mediados del siglo XIX los poblados Las Peñas y El Cuale se vinculaban mediante el intercambio de los productos como: sal, frijol, azúcar y pescado, que eran acopiados en «Los Almacenes», localizados en el camino a El Cuale (fotografía de Virginia Martínez).



**Foto 2.** «Ramaditas» de palapa para cubrirse del sol, construidas por las lavanderas (fotografía de Carlos Munguía).





**Foto 3.** Las mujeres que lavaban su ropa en el río elegían una piedra lisa y ancha que facilitara su labor, y con piedras del río hacían unas «camas de piedra» para blanquear y secar su ropa (fotografía de Carlos Munguía).



**Foto 4.** El río Cuale constituyó, como geosímbolo, una frontera líquida que orientaba el crecimiento de la población; para cruzar se improvisaban puentes hechos con rajas de palma atravesadas sobre piedras (fotografía de Carlos Munguía).

# HOY GRAN KERMESS

En la Colonia "EMILIANO ZAPATA" de este puerto  
a beneficio del puente en el Rio de Cuale

Admisión \$ 1.00 Reservándose el Comité el derecho de Admisión

MORALIDAD Y TODA CLASE DE GARANTIAS.

Coopere usted a la realización de esta obra  
divirtiéndose al mismo tiempo

Octubre 30 de 1952.

EL COMITE PRO-PUENTE.



Foto 5. La construcción del primer puente de mampostería, en 1959. Nótese la fecha de uno de los eventos en pro de esta construcción siete años antes; y el aviso que garantiza la moralidad (fotografía de Carlos Murguía).



**Foto 6.** Espacio Bucólico. Justo detrás de los locales semifijos (ver la foto 8) agoniza este remanso, con la presencia solitaria de un lector sentado a la mesa (fotografía de César Gilabert).



**Foto 7.** Aspectos de la manifestación en contra del Proyecto de corredor artesanal de la isla del Cuale, 29 de junio de 2006, captados por el fotógrafo Jesús de Ávila, en la manta se señala la desaparición del Parque para hacer un estacionamiento.





**Foto 8.** Aún sin «corredor artesanal», este es el aspecto actual de la isla, hacia la zona poniente. Al final de este pasaje contaminado material y visualmente, se ubica un gran restaurante discoteca y el museo de la INAH. Allí, un puente conecta con la nueva ampliación del malecón y enseguida la desembocadura al mar del río Cuale (fotografía de César Gilabert).



**Foto 9.** Protesta pública frente a la Presidencia Municipal de Puerto Vallarta (fotografía de Jesús de Ávila).



## Bibliografía

- Arroyo, Jesús, Kart-Dieter y James W. Scout (comps.). *El Renacimiento de las regiones: Descentralización y desarrollo de las regiones en Alemania (Brandenburgo) y México (Jalisco)*. Jalisco: Universidad de Guadalajara-Ucla Program On Mexico, Juan Pablo Editor, 2001.
- Adelantado, José (coord.). *Cambios en el Estado del Bienestar: Políticas sociales y desigualdades en España*. Jalisco: Icaria Antrazyt - Universitat Autònoma de Barcelona.
- Castillón, Ana Cecilia. «La minería en Mascota, 1857-1885». *Cuadernos Jaliscienses*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 34, noviembre de 1993.
- Corbin, Alain. *El Territorio del vacío*. Barcelona: Mondadori, 1993.
- Fletes Corona, Ricardo, Rogelio Marcial y Roberto Rodríguez. *El Otro Vallarta: Acercamiento a la problemática socio urbana contemporánea de Puerto Vallarta*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1999.
- Gilabert, César. *Clave y misterio de la conciencia social alienada. Reflexiones sobre la alienación y el fetichismo*. Colotlán: Universidad de Guadalajara, 2003.
- . *Destino Paraíso, escala en el infierno. Evolución biopolítica y sociocultural de Puerto Vallarta*. (Próximo a publicarse).
- Gilabert, César y Margarita Camarena. *El alteño global. Trayectorias evolutivas de Los Altos de Jalisco: evolución política y sociocultura en la era de la sociedad global*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/El Colegio de Jalisco, 2004.
- Giménez, Gilberto. «El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad». Ponencia presentada en el IV Encuentro del Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca», en El Colegio de Jalisco, 4-5 de octubre de 2006.
- Martínez Hernández, Virginia. *El Fideicomiso Puerto Vallarta: un caso de intermediación política*. Tesis de maestría, Guadalajara, 2002.

- Montes de Oca Contreras, Catalina. *Puerto Vallarta en mis recuerdos*. Jalisco: Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara, 2001.
- Munguía Fragoso, Carlos. *Panorama histórico de Puerto Vallarta y de la Bahía de Banderas*. Jalisco: Gobierno del Estado de Jalisco/H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta, 2001.
- Muriá, José María. *Los límites de Jalisco*. Zapopan: El Colegio de Jalisco-CONACYT-Congreso del Estado de Jalisco, 1997.
- . *Sumario Histórico de Jalisco*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2004.
- Olveda, Jaime (edit.). *Puerto Vallarta: una aproximación*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1997.
- Reyes Brambila, Luis. *Puerto Vallarta: 150 años de historia*. Puerto Vallarta, 2001.
- Rodríguez, Roberto. *Pescadores del Rosita*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1996.
- Yáñez, Agustín. *La tierra pródiga*. México: FCE, 1960.

## Documentos

- Escrito de José García Castillo, 1960.
- Fiesta del Corazón del Rey. 7 de enero de 1926.
- Contrato del Fideicomiso TraslATIVO de Dominio. Fideicomiso Puerto Vallarta, 1970.
- Actas de Cabildo del H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta, Acta núm. 11,30 de mayo de 1986, Libro V.
- Oficio 918/2002, Secretaría General del H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta. Acuerdo del 12 de noviembre de 2002.
- Pliego Petitorio para la conservación y defensa de la isla del Río Cuale, 28 de junio de 2006.
- Primer Informe del Proyecto Diagnóstico Socioecológico de la isla del Cuale, responsable M. en C. Luis Fernando González Guevara, entregado al H. Ayuntamiento de Puerto Vallarta el 28 de junio de 2006.
- Historia del Ejido Puerto Vallarta, 1929-1998.
- Requerimiento de Obras Públicas y Lineamientos del Programa de Desarrollo Económico. Gobierno del Estado de Jalisco, agosto de 1971. Archivo Histórico de Jalisco. AHJ. 350.86.
- Expediente Ejido de Puerto Vallarta:
- Dctos. 130, 131 y 132, de agosto de 1966. Archivo del Registro Agrario Nacional (RAN).



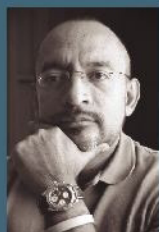


*¡La Isla se Queda!*

*Una lectura del paisaje cultural de Puerto Vallarta*  
terminó de imprimirse en enero de 2008  
en los talleres de Ediciones de la Noche,  
noche@megared.net.mx,  
Guadalajara, Jalisco, México.

Cuidado de la edición: Laura Biurcos Hernández.

Tiraje: 1 000 ejemplares.



**César Gilabert Juárez.** Doctor en Ciencias Sociales, miembro del Sistema Nacional de Investigadores, profesor del Centro Universitario de la Costa. Durante más de un lustro ha colaborado para El Colegio de Jalisco. Autor de los libros: *El hábito de la utopía*; *El imperio de los arcanos*; *Clave y misterio de la conciencia social alienada*; *El alteño global* (coautoría de Margarita Camarena). Actualmente prepara la publicación: *Destino Paraíso, por la ruta del infierno. Evolución biopolítica y sociocultural de Puerto Vallarta.*



**Virginia Martínez Hernández.** Maestra en Estudios sobre la región. Profesor Investigador del Departamento de Estudios Socioeconómicos del Centro Universitario de la Costa. Nacida en Puerto Vallarta, participó en el Proyecto Jalisco a Tiempo (1994); Proyecto Bahía de Banderas a Futuro (2000). De sus investigaciones destacan: *La Coalición Cívica Democrática José López Portillo: elementos para su análisis*; *El Fideicomiso Puerto Vallarta: un caso de intermediación política*. Actualmente investiga sobre *La colonización agraria de la Costa de Jalisco.*



Centro Universitario  
de la Costa

